



**Universidad de Chile**  
**Instituto de la Comunicación e Imagen**  
**Escuela de Periodismo**

**“MI HIJE TRANS”**

**Memoria para Optar al Título de Periodista**

**INTEGRANTES:**

**Matías Lucero Alarcón**  
**Alejandro Cárcamo Ortloff**

**PROFESORA GUÍA**

**José Miguel Labrín Elgueta**

**Santiago, Chile**

**2020**

Agradecer a mi familia, amigos, y a quienes trascienden de todo vínculo nombrable, porque creando en conjunto he aprendido realmente a vivir. Gracias también a mis inspiraciones: a Juan Carlos Bodoque, el mejor periodista con el que puede crecer un niño: defensor del medioambiente, las causas sociales y los perritos; a Violeta Parra, porque nadie es profeta en su tierra; a Jorge González, porque desde que escuché a Los Prisioneros y las composiciones de Jorge nunca más quise quedarme callado ante las injusticias vividas en esta pequeña colonia gringa y fascista llamada Chile; a Joey Ramone, porque los introvertidos pueden ser artistas; y a David Bowie, quien me dio el valor de rebelarme ante los estereotipos de género en una época en que la Generación Perdida sólo se dedicó a estorbar con sus prejuicios. A ti va dedicado este trabajo, Starman.

Matias Lucero A.

Por la confianza y compromiso entregados por cada uno de los padres y madres que decidieron ser parte de nuestra crónica, conscientes de la importancia de un relato curtido por sus experiencias y de la trascendencia del mismo, sobre el prejuicio que constriñe las discusiones sobre las diversidades sexuales e infancia. Esperamos colaborar con esta crónica, a la visibilización de la violencia institucional sufrida por los padres, conectando los distintos eslabones que entorpecen la crianza de sus “hijos” y ofreciendo espacio al amor incondicional de estas familias, como un ejemplo de cariño sin límites.

Por supuesto a mi familia, mis amigos y todos quienes han formado parte de este largo episodio de mi vida, sobre todo a mi hija, mi compañera de baile.

Alejandro Carcamo O.

# Índice

<b>Introducción</b> .....	3
<b>Capítulo 1: Mi vida antes de lo trans</b> .....	5
En la década de los 80.....	5
El primer paso.....	11
Adiós Facundo.....	15
Hijos de El Trigo.....	23
<b>Capítulo 2: Lo que afecta a uno, afecta al otro:</b>	
¿A qué problemas se enfrentan los padres y sus hijos?.....	30
Zapatos para Lisa, vestidos para Helena.....	30
La transición en el colegio.....	35
Salud, el área más débil.....	43
<b>Capítulo 3: Padres y madres en transición: nuevas experiencias, nuevos desafíos</b> .....	48
“Ya no somos los únicos”: compartiendo con organizaciones.....	48
El LIG y los padres.....	52
Los sueños y la opinión de los demás.....	55
<b>Epílogo: la ignorancia se combate educando</b> .....	59
<b>Anexo: Glosario</b> .....	67

## INTRODUCCIÓN

Nuevos tiempos implican nuevos desafíos, y también nuevas problemáticas, necesidades y mentalidades. La comunidad trans (que puede diferenciarse entre personas transexuales y transgénero), luego de décadas de esfuerzo por visibilizar su lucha en la sociedad, ha logrado ver algunos beneficios en la batalla por sus derechos, al haber alcanzado uno de sus principales objetivos: el de alcanzar la opinión pública.

Pero la existencia de la comunidad trans no se evidenció de una manera amigable, educativa o inclusiva, más bien, se incorporaron a la realidad chilena mediante los medios de comunicación, los que año tras año sólo daban cuenta de asesinatos a personas trans, como los ocurridos en 2007. Ese era el panorama, hasta que la historia tomó un giro cuando los medios de comunicación comenzaron a cubrir una “situación crítica”, que para otros, era una innegable realidad hace muchos años: los niños trans. O como queremos expresarlo acá, les niños trans. Luego del documental “Niños rosados y niñas azules”, no pasó mucho tiempo hasta que la pequeña Selenna, hija de Evelyn Silva, presidenta de Fundación Selenna, fuera entrevistada en diversas ocasiones junto a su madre y a otros niños del país.

De ahí en adelante, y afortunadamente, la realidad de los niños trans pasó a formar parte de la contingencia nacional, aunque de manera aún tibia. A raíz de lo exhibido en matinales y noticiarios centrales, el impacto que generó en la opinión pública, y sobre todo los enérgicos ataques sin medida y altamente discriminatorios de adultos y jóvenes conservadores, incluso desde sectores cristianos, se evidenció fuertemente que, una vez más, que Chile mantiene una deuda con la infancia al hacer oídos sordos sobre lo que ellos piensan, quieren y necesitan. Algunas voces han acusado a nuestra sociedad de ser “adultocéntrica”, centrada en los adultos, que subestima la capacidad de autodeterminación y el potencial de los niños, niñas y adolescentes. Y esto cada vez adquiere más sentido.

Que los niños trans sean cada vez más escuchados es un hecho que, como personas, nos alegra profundamente. Sin embargo, no hay nada ganado en materia de infancia y adolescencia trans en lo legal: basta con recordar que, dentro de la Ley de Identidad de Género, los menores de 14 años no son incluidos. ¿Podría deberse a que realmente somos una sociedad adultocentrista? Es muy probable que sí.

Este es el punto de partida que dio inicio a la presente memoria, pues observamos que

los relatos en los medios de comunicación tienden a estar centrados en los niños, dejando a sus padres y el contexto que los rodea en un espacio muy acotado para describir sus experiencias. Si bien esto no es una mala estrategia, pues si hablamos de infancia trans las principales voces deben ser los mismos niños, no es sostenible comunicar solo desde el relato unipersonal ya que margina un sinnúmero de barreras que existen entre todos los actores que participan de esa transición. Es necesario llevar a la opinión pública lo que significa la transición (de género) en los niños, sensibilizar a la audiencia y presentarles el relato completo.

¿Entonces cómo avanzamos? Pues observando lo evidente. Detrás de los niños trans están sus padres y madres, respaldándolos con amor y apoyo incondicional infinito. O eso al menos cuando la transición de género llega a un punto estable dentro de la familia, pues como se podrá observar en las siguientes páginas, no todos los padres están dispuestos y/o conscientes para enfrentar el nuevo paradigma que viven sus hijos, sobre todo al inicio.

Lo explicado anteriormente, sumado a nuestra experiencia personal derivada de nuestra propia infancia y adolescencia, nos llevó a pensar que, en este contexto, un adulto sólo escucha a un adulto y no a un niño, y es más: un padre o madre, con respecto a métodos de crianza, sólo escucha a otro padre o madre, jamás a un extraño (menos si este no pasa de los 10 años).

Entonces ¿quién mejor para educar a los padres y madres, que los mismos padres y madres? Y he aquí nuestra misión, la de contribuir en el avance en la visibilización de la infancia trans, junto con la materialización de sus derechos comunicando las experiencias de padres para padres. Por mucho que los niños sean el centro de atención y tengan voz propia, no es correcto olvidar que en todo ámbito ellos están representados por sus padres, y se produce a lo largo de su experiencia una especie de “transición compartida”, en la que no sólo los niños cambian, sino que también sus papás, mamás y familia, rompiendo esquemas y prejuicios que habitan de forma tan natural en muchos de ellos.

En la presente memoria queremos informar sobre los esfuerzos, las transformaciones, dificultades, inquietudes y alegrías de padres de niños trans a otros padres de niños y niñas que sí están conformes con su género para quitar el velo de la satanización en materia de género y expresión de género, aunque también deseamos que las diferentes historias acá compartidas sirvan a quienes están comenzando la transición con su hijo, a modo de guía; o para quienes hayan visto señales en sus hijos; o bien para cualquier persona interesada en conocer en profundidad el rol de un grupo de adultos enfrentados a una institucionalidad precaria en materia de niñez trans.

## CAPÍTULO 1. MI VIDA ANTES DE LO TRANS

### En la década de los 80

Sentados en una cafetería en La Florida, tras dar un sorbo al café, él se prepara para conversar. La primera reacción es algo desconfiada, suspira y mira al techo. Prefiere no detallar los nombres de su familia y decide cambiarlos, pues teme que nombrar a cualquier integrante pueda significar un riesgo para ellos. Es una señal que no pasa desapercibida y, ciertamente, es ejemplar del contexto actual. Pero no se guarda en detalles. Dice estar contento por escarbar sobre su pasado, sabe lo mucho que ha cambiado con el paso del tiempo y cuánto ha aprendido a través de su experiencia como padre. Deja atrás el nerviosismo inicial y suelta una pequeña risa antes de comenzar su relato, con la mirada fija en el público que transita por el mall.

Cuando una persona comienza su transición, para lograr vivir socialmente en el género con el que se identifica, independiente si la búsqueda de este se enmarca entre el binarismo (ser hombre o mujer), es acompañada por una serie de interventores. Ellos participan de todo el desarrollo psicológico y social que este cambio implica y generalmente carecen de información para orientar el proceso adecuadamente. Su familia y entorno se enfrentan a un cambio de mentalidad brusco, que exige el desapego de muchos prejuicios. Bien lo sabe Armando, que con sonrisa apacible, deja fluir un relato rico en sarcasmo, curtido por contradicciones propias de la vida de un hombre que se hizo adulto en los años 70', dice él. Una década de choques ideológicos, donde los roles tradicionales género comenzaban a enfrentar profundos cuestionamientos.

Estudió en la escuela de Teatro de la Universidad de Chile, compartió salones con diseñadores, actores, y aún recuerda la natural diversidad de la que fue parte. Para él era una "fauna diversa" la que desde una asumida ignorancia juvenil veía con prejuicios. "Naturalmente pa' mi era un enfrentamiento nuevo a la diversidad sexual, porque para la época, con una crianza machista, había muchas bromas con el tema. Sin embargo, yo tenía buenas relaciones con ellos por lo general. No era rechazo lo que sentía, simplemente era difícil llegar a ser muchos más amigos, no era de piel. Mi relación con el tema trans era cero, para mí la palabra trans estaba habitada por prejuicios, había escuchado más de alguna vez la palabra transexual, pero no tenía idea qué era", confiesa, mientras deja de la taza de café vacía de un sorbo.

Armando recuerda por lo menos un par de personas homosexuales cercanas mientras estudiaba, pero lo describe como algo lejos de la amistad "como tal", distanciados por un espacio

emocional “prudente” que le permitía conservar un equilibrio entre la sensación de tolerancia y la profunda sospecha de una cercanía impropia. Una especie de sensación “pecaminosa”. “Para construir la confianza necesaria pa’ que te contaran que eran homosexuales y algo más sobre su vida, era muy difícil porque estaban súper conscientes de la forma que tenía uno, heterosexual, de relacionarse con ellos, e inconscientemente uno transmitía todo el rato ese pudor, esa forma hosca de relacionarse” cuenta Armando. Una escueta aceptación armonizaba el ambiente entre las distintas perspectivas, ya que el panorama general era muy hostil aún con la diversidad.

Existía una homofobia generalizada detrás de ese argumento proveniente de un desconocimiento que arrastraba esa generación, un miedo que siempre se ha transmitido a través del humor y de otras formas propias de nuestra cultura, que pensamos “inocentes”.

Y es que una extraña sensación era común entre todos los hombres de la época. La idea era que cualquier hombre homosexual se sentiría atraído por todos los hombres y, por lo tanto, mantener relaciones amistosas o cercanas implicaba dar explicaciones para salvaguardar la masculinidad y justificar dicha relación. “Yo sabía que quizás no era así, que no es que se fueran a enamorar de mí solo porque eran gay, no eran pensamientos frecuentes, pero frente a los grupos de amigos, familia, era un tema. Todos lo insinuaban, se percibía sospecha e incluso se había transformado en algo que ofendía el orgullo”, dice.

Durante los años 80’ Armando presenció la ola feminista que se desarrolló en conjunto con la crisis económica, en medio de un contexto sumamente machista y homofóbico. Una revolución con la que aún no se sentía identificado, pero comenzaba a percibir nuevas reflexiones en torno a la organización de la “economía en la casa”. La crisis económica que se arrastraba desde el año 78’ se profundizó en las familias y el desempleo forzó el ingreso de la mujer al mundo laboral. La estructura clásica del hogar dejó de ser la única opción y, para el año 81’, la cantidad de mujeres con trabajo era mucho mayor. Los matrimonios comenzaban un proceso de desintegración y grupos muy conservadores se veían frustrados ante la inevitable nueva necesidad, “No era posible sostener una familia bajo los estándares del machismo clásico, no daban las lucas pa’ sostener la casa si no trabajaba la mujer también” cuenta Armando.

Se separó por primera vez el año 86, una relación que durante un largo tiempo arrastró problemas en la casa: al estar ambos trabajando, las peleas se habían vuelto un tema intratable. Tras la separación comenzó a formar parte de ese grupo de hombres que sintieron y se adaptaron al cambio social que implicaba el divorcio y la soltería. “Pasé un periodo ahí largo en el que viví solo, mucho peregrinaje amoroso y recién cerca del año 95’ me volví a emparejar. Conocí a

Marije, mi actual pareja y la mamá de mi hija” relata Armando.

En esos años, Marije hacía un magíster en género en la Universidad de Chile y tenía una posición mucho más feminista que su ex esposa. Esta nueva relación era un desafío importante después de haber vivido un matrimonio conservador en lo doméstico, donde las labores de la casa estaban designadas según lo “habitual” de la época: “A mí ya me tocó mudar la segunda vez, desde el primer momento, incluyendo mi hija después, tuve que formar parte de la crianza, estar en el parto”, cuenta.

El cambio de paradigma se hizo notar, pero algunos gestos, costumbres y tradiciones se mostraban resistentes. Armando estaba consciente de que el cambio no implicaba una equidad de condiciones, ni siquiera en la crianza, y así lo cree hasta el día de hoy, “Hay que ser realista, uno puede creerlo pero no es así. Ellas siempre parecen condicionadas a un compromiso mayor con los hijos, y uno tiene que ir tomando consciencia porque la sociedad parece demandar menos de nosotros hombres, como padres, que de ellas como madres”. Marije tenía amigos que eran gay y solía relacionarse abiertamente con grupos pertenecientes a las disidencias sexuales. Fue en ese contexto cuando Armando se vio enfrentado a sí mismo: durante una fiesta, que había organizado en la casa, un amigo de Marije lo saludó de beso y desató una reacción hostil. “Me sentí invadido”, cuenta con vergüenza.

Recuerda que tuvo que pedir disculpas por haber reaccionado tan bruscamente, corriendo la cara y advirtiéndole al invitado que no volviera a acercarse de esa forma. Ahí entendió que no estaba del todo consciente del problema. “No era puro decir claro si, que buena onda y todo, sino que era relacionarte más, de otra manera, es ir comprendiendo mejor que no basta con que tú digas ‘si yo acepto’. Pero en el minuto en que el tipo de quería saludar de beso, conchesumadre... (risas), ¿me cachai?, entonces empezar a comprender un poquito mejor”, reflexiona Armando.

Con Marije ya llevan 23 años juntos y se casaron hace 4, pero fue hace 20 que nació su, hasta ese minuto, hijo. Desde temprana edad, Michel comenzó a tener comportamientos distintos a los “tradicionalmente masculinos”: se miraba mucho al espejo; o si llegaba una amiga a la casa, ella agarraba sus peinetas y las empezaba a peinar, le encantaba peinar pelos largos. Dibujaba y observaba personajes femeninos de la tele y con especial detalle en los vestidos. “Cuando empezaba a dibujar eran siempre niñitas...” cuenta con ternura.

Comenzó a ser tema cuando le preguntaban su nombre y decía “Loreto”, descolocando a todos. “Uno quedaba así como... producía escozor en todo el ambiente, a mí también po, a mí



me dejaba bien la *cagá*, diría que la peor época la pasé ahí. Yo no dormía, o sea, no tenía idea yo de qué se trataba, no tenía idea”, cuenta Armando. Ella comenzó a entender esta sensación de incomodidad que producía al decir otro nombre y comenzó a tomar nombres menos femeninos, algo más andrógino, “y ahí quedaban todos pillos” comenta entre risas. Fue entonces cuando ella comenzó a buscar y generar mecanismos de expresión de forma ambigua. Quería tener muñecas, pero Armando no quería reforzar lo que para entonces, sólo parecía una manía extraña. “Mi parada era no le reforcemos esto o sea, no le compres muñecas, comprémosle autitos”, dice.

Lo que comenzaba a imaginar era que su hija, que hasta entonces llamaba “hijo”, en algún momento le dijera “papá, soy homosexual”. Era, quizás, el relato más frecuente que aparecía en su cabeza. Pero la imagen que se hacía Armando sobre la homosexualidad era un laberinto de prejuicios. “Yo tenía una imagen de que fuera un homosexual que socialmente fuera bien aceptado, algo más parecido a lo ahora entendemos como metrosexuales. Mi pánico era su introducción social, o sea, qué iba a pasar con ella después en el colegio. ¿Cómo se introduce socialmente cuando tú has vivido en una cultura, y has sido parte de esa cultura?”, recuerda. Armando sabía que todo esto era motivo de mofa, además de las agresiones que podía significar, y todo esto inundaba su cabeza con una sensación de inseguridad que no dejaba de repetirse.

Su percepción está bien fundada. Según la Encuesta Nacional de Clima Escolar en Chile del año 2016, el 52,9% de los y las adolescentes trans dicen haber sido acosados físicamente por la forma en que expresa su género, el 88,2% dicen haber sido insultados por sus compañeros debido a su expresión social y el 97,2% declaró haber escuchado con frecuencia comentarios peyorativos hacia personas LGBT. Otro dato muy preocupante es que el 63,9% señaló, además, que este tipo de discriminación provino del personal del colegio, incluyendo profesores.

En esa época, cuando Michel tenía cerca de 8 años, decidieron llevarla una psicóloga “por estas típicas cosas de déficit atencional”, cuenta Armando. En las primeras visitas las manifestaciones femeninas no eran tema, pero fue inevitable llegar a ello debido a que no había otro lugar para resolver esas dudas que se hacían insostenibles. Así terminó transformándose en una gran consejera del tema, y para Armando pasó, como pastilla amarga, la posibilidad de que el comportamiento no sería solo algo eventual, sino parte de la vida de su hija. Con humor, Armando se alegra de al menos haberle puesto un “nombre neutro”, como Michel, con el que sabía que tendría menos problemas de adaptación.

Las mujeres de la familia, como la suegra de Armando y su propia mamá, fueron mucho más comprensivas con la situación llegando incluso a tejerle chalequitos rosados, algo que lo

descolocó en el primer minuto. “Y yo pensaba, pero pa qué chucha le hacen un chaleco rosado. Claro, porque yo decía mira, tu forma de andar, tu forma de hablar, son cosas en que nadie se puede meter, o sea seamos claros en eso. Pero tú no tienes para que ir con chaleco rosado, no tení pa que ir con cartera al colegio, es como ir generando una reacción negativa.”, dice con sensación de vergüenza. No se dio cuenta en ese minuto que eran las necesidades de su hija de manifestarse, de que ella necesitaba expresarse. Michel no quería que le cortaran el pelo, pues era un drama. Hubo un minuto en el que hubo que quitarle todo para que se cortara el pelo. Recuerda que la amenazaba: “te voy a desenchufar todo, la tele, el computador, todo, todo, le decía. Y ella estuvo dispuesta a eso”. Aun así, no existió forma de que se cortara el cabello. Fue entonces que, Armando, comenzó a entender que no era solo tozudez. Para la niña estar forcejeando era una manifestación de seguridad para poder expresar el sentido más puro de la identidad. Eso suele pasar, dice Armando “con los cabros trans, niños y las niñas, que tienen poco espacio para poder expresarse, para expresar su identidad. Se apoyan en cosas que no sueltan.”

Ya tomándole el peso a la situación la relación comenzó a tomar otra forma, porque como padre, era inevitable verse enfrentado al amor de su hija, evaluando cada uno de sus prejuicios mientras la mirada inocente de Michel exigía una respuesta afectuosa de él. Había ya en Armando una disposición distinta, al menos en la casa, pero el miedo no lo dejaba aún. El colegio era un contexto de riesgo y donde sin dudas había muchas explicaciones que dar todavía. Hasta entonces, había escuchado solo algunos términos como transgénero, transexual, travesti, pero sin saber de qué se trataban o qué diferencias guardaban entre sí. “Cuando se habla de transexual, la primera imagen hoy día, y eso que en estos últimos 5 años se ha avanzado mucho, pero la primera imagen es prostitución, plumas, es media monstruosa la hueá. Entonces yo quedé pilló, cuando me dijeron por primera vez que eso podía ser, obviamente le di todo mi apoyo, pero sin saber ni entender de qué se trataba el tema” cuenta Armando. Esa fue la primera señal que tuvo de que debía tomar una determinación, y ahí fue cuando decidieron tomar contacto con Organizando Trans Diversidades (OTD). Llegaron ahí a través del primer hijo de Marije, del matrimonio anterior, Felipe, quien conocía gente en Fundación Iguales. “Él es como de otra generación, tenía amigos gay y su círculo social era mucho más abierto”, cuenta entre una risa.

El primer encuentro de Armando fue con Jimena, parte de OTD y mamá de Michel (no su hija), un hombre trans que se define como no binarie (o “no binario”, es decir, ni hombre ni mujer) y que actualmente es, en sus palabras, Coodinadore Ejecutivo de OTD. Ellos fueron quienes invitaron a Armando y su familia a una exposición itinerante en Plaza de Armas. Recuerda que no pudo asistir, pero reconoce lo significativa que fue para su hija aquel evento. Por primera vez ella vio fotos de otras personas trans y conoció a Selenna, la niña que se volvió un ícono tras

haber sido rechazada en 7 colegios al intentar ingresar a la educación básica por ser transgénero, evidenciando la profundidad del problema al interior de las instituciones educativas. Ella era aún chiquitita cuando se conocieron con Michel, tenía 5 años. Eran los años de la ya desaparecida Organización Transexuales por la Diversidad de Rancagua fuera de Santiago, una especie de antecedente de lo que más tarde sería OTD Chile en la capital. Ahí comenzó la introducción Armando. Las primeras visitas a la psicóloga fueron realmente enriquecedoras, no sólo en términos de lenguaje, sino que también les resultó esperanzadoras y portadoras de calma. Hasta ese minuto, lo que Armando sabía estaba más cerca de la definición del DSM-5 sobre la disforia de género, que de entender la complejidad de la identidad de su hija.

Durante décadas médicos e investigadores sostuvieron que el diagnóstico de disforia de género es principalmente una afección médica, relacionada con algunos trastornos del desarrollo sexual, y no un trastorno mental. Por el contrario, algunos miembros de la comunidad transgénero consideran que incluso las formas extremas de no conformidad de género son simplemente una variante normal de la identidad y expresión sexual humana, y que la patologización de esta discusión ha transformado la transexualidad en una “enfermedad”. La Organización Mundial de la Salud (OMS) excluyó recién el 18 de junio de 2018 la transexualidad como una enfermedad mental, en la primera actualización de su Clasificación Internacional de Enfermedades en casi tres décadas.

Cerca de la discoteque El Príncipe, en Bellavista, se instaló por primera vez la OTD como Organización Trans Diversidades, esta vez en Santiago. Comenzaron a hacer almuerzos los fin de semanas, a reunir fondos, y otras actividades que transformó el espacio para conocerse entre familias, y entre personas trans. “Yo me acuerdo haber ido a un primer encuentro, a un encuentro grande que se hizo en el colegio Latinoamericano, y que ahí conocí a muchos cabros trans. Uno así como primero sapeando cachai, pero tuvimos diálogos, habían familias, mamás, papás, fue súper interesante, un buen enfrentamiento al tema. Y después empezamos a juntarnos ahí, se empezaron a hacer unos ciclos de cine, que hasta el día de hoy se hace. Cine, mírate” cuenta Armando. Eran iluminadores relatos, películas que trataban el tema como La vida en rosa, del año 98, o Tom Boy, de 2011, cintas que le permitieron conectar a otro nivel con la realidad trans.

Después venían los foros, una experiencia nueva que le hacía recordar su paso por la universidad, cuando todavía en los años ochenta y leía el manifiesto comunista sentado con sus compañeros, cuando lograba disfrutar de la sensación que produce abrir una nueva forma de entender la sociedad. Estos espacios de conversación con otros padres que vivían las mismas situaciones significaron una dimensión distinta desde donde mirar la realidad para Armando. Un

lugar para empezar a entender la identidad de género, la “deconstrucción de lo binario”, como algo que le permitía tomar conciencia de los niveles culturales y sociales, desde donde se origina todo este prejuicio, para asumir además, el nuevo rol de su paternidad.

Fue en este punto que la relación con su hijo, Michel, derivó en un profundo compromiso con la causa, porque había entendido, finalmente, el origen de su dolor y la gran distancia que había entre su idea de la transexualidad y la realidad de la misma. Pero nadie te prepara para eso, dice Armando. “Es una larga búsqueda que solo está motivada por el miedo desde un principio”, reflexiona. Un móvil que muchas veces determinó que su relación con Michel fuera restrictiva y aprehensiva, pero que tomó forma con los años y trascendió para ambos, como un proceso de transición compartido.

### **El primer paso**

La región de Aysén es una zona muy poco poblada en el sur, rodeada de paisajes australes, grandes glaciares, nevados y fiordos que pintan una postal maravillosa. Paulina vive aún allí en Coyhaique, su ciudad natal. Encantada con las gélidas esculturas del paisaje, ha tenido que sortear lo desconocido con un escaso apoyo de la familia. Ingeniera Forestal, dedicada al reciclaje y a diversas iniciativas de sustentabilidad ambiental, se ha hecho poseedora de distintas credenciales, y afirma que jamás se imaginó el estilo de vida que tiene hoy, pero que no podría estar mejor. Quizás esa misma determinación en colaborar con el desarrollo de nuevas formas de pensar, ha hecho de este relato un episodio tan particular.

Un matrimonio fracturado laceró profundamente la primera infancia de su hijo menor. Facundo era muy pequeño cuando Paulina puso término a su primer matrimonio, tomando inmediatamente distancia de su ex pareja. “En medio del crudo invierno de Coyhaique, hay mucho tiempo para pensar las cosas” dice, reflexionando un momento. Recuerda con claridad que las primeras discusiones que tuvo con el papá de Facundo comenzaron cuando se manifestaron las primeras señales de interés en cosas de niña. Un prematuro gusto por juguetes de niñas, vestidos y la fantasía del cabello largo. Recrea con gestos la negación total de su ex pareja, la convicción del padre en ese minuto de que los comportamientos de su hijo estaban condicionados por la separación que ellos empezaban a atravesar. Este argumento mantuvo convencida a Paulina por un tiempo, pensando que se trataba de algo “eventual” o pasajero, que sería propio de lo que pasaba entre ellos, como una crisis para “llamar la atención” de los padres.

La primera vez que Paulina encontró información sobre los intereses nuevos que iba adquiriendo Facundo, la obtuvo por internet: “Yo me puse a buscar todo por internet, a *googlear* no más, a leer por las mías y empezar a buscar explicaciones, así llegué a la Fundación Juntos Contigo, a Renaciendo, a Todo Mejora y estuve leyendo harto. Por ahí contacté a Juan Carlos (Juan Carlos Tapia, Director de Fundación Juntos Contigo)”. Con él estuvo conversando a la distancia durante mucho tiempo, y su primera reunión fue casi un año después, recién en 2017, cuando Facundo cumplió cinco años. Su mayor preocupación era lograr tratar este asunto con el papá, que seguía sin querer reconocer lo que estaba pasando con su hijo y mantenía distancia sin abordarlo. ¿Cómo explicar algo que ella aún no comprendía por completo a un padre plagado de inseguridades y prejuicios? ¿Cómo enfrentar un discurso hostil sin provocar un quiebre irreversible en la familia? Una preocupación no menor, si consideramos que un 56% de la población trans declara haber intentado suicidarse, concentrándose un 46% en niños entre 11 y 15 años, mientras que un 26% entre jóvenes entre 16 y 18 años ( Encuesta T, 2017).

Estas conversaciones con Juan Carlos le permitieron a Paulina comenzar a entender cuál era el destino de Facundo, y que no sería algo pasajero, porque lo más probable es que fuese una niña transgénero. Paulina ya lo sospechaba, pero parecía una idea absurda y no tan propia de un niño, sino más bien de alguien mayor. Paulina sentía que había que hacer algo al respecto, y su primera reacción fue pensar que había que “dejarla ser...”. “Ahí yo dije ‘ah no, yo tengo que ponerme con esto, no puedo dejar que ella pase sola todo lo que se viene”, recuerda Paulina.. Esa fue la reflexión que la hizo dar cuenta de lo que tenía que enfrentar con el papá, porque él tenía que saberlo de una u otra forma, dice aún con rabia.

Una situación clave no demoró en llegar y, almorzando un día, Facundo le pidió a su madre ayuda en buscar el significado de varios nombres porque sentía que no le gustaba el suyo. Como Paulina ya había decidido dejarlo ser y estaba comprometida con aceptar cualquier cosa que tuviera que pasar, accedió y lo ayudó en su búsqueda, navegando en internet y viendo varios significados de nombres. Hasta que se toparon finalmente con uno llamativo: eligió ser Helena, y Paulina fue testigo de ese segundo bautizo y de la alegría que su hija sintió.

Tiempo después, Paulina y su nueva pareja estaban invitados a un matrimonio con sus dos hijos, evento pensado para poder ir con la familia. Fueron a comprar ropa para la ocasión y Helena lo primero que hizo fue irse a la parte de niñas, a buscar un vestido y una falda, mientras que Lucas, el hijo mayor de Paulina, se fue a buscar una camisa, pantalón y zapatillas.

En ese minuto decidió dejar a Helena que eligiera lo que quisiera. Le ayudó incluso para

que fuese con estilo, y fue ahí cuando le compró su primera falda y una polerita de gala, más unas zapatillas. No dudó al momento vestirla y la llevó con esta tenida al matrimonio. Fue un momento especial para ambas, lo recuerda con mucha emotividad. Un día que no solo marcó un hito para Helena, sino también para Paulina, que pudo sentir por primera vez que estaba haciendo lo correcto.

A eso de las siete y media de la tarde ya había hablado con el papá de sus hijos para ir a dejarlos, y así poder quedarse con su pareja en el *carrete*. Recuerda que en el camino, llevando a la Helena con su vestido, la niña estalló en una angustia severa al enterarse que iba donde su papá. Comenzó a llorar desconsoladamente, fue un ataque de dolor frente a lo que sabía que podía pasar con su papá, un miedo desconsolado que agotó todas sus energías y que la dejó dormida antes de llegar a la casa del papá. Y cuando Helena comenzó a despertar, miró su vestido, luego al papá, y entró en un ataque de pánico. Fue en ese instante que Paulina abordó a Christian, el papá de Helena, y le dijo que tenían que arreglar lo que estaba pasando con su actitud, “que su hija no quería verlo, que no quería ir a su casa y que tenían que hacer algo al respecto porque no podía seguir así”, recuerda severamente.

Christian se preocupó harto por lo que estaba pasando y Paulina recuerda que él contactó a una psicóloga infantil, una profesional que había sido su amiga en la adolescencia y que había trabajado con niños trans. Su nombre era Alejandra Astudillo. Una semana después, le contó a Paulina que ya se había puesto en contacto con ella, y que vivía en Santiago. Le propuso comunicarse a través de Skype para tratar de entender un poco lo que pasaba. “Y la Alejandra fue... bueno yo antes de comunicarme con ella la psicopatié por todas partes, para saber quién era, qué tipo de psicóloga era, porque hay algunos que estaban muy en contra, entonces podía ser algo bien contraproducente, pero ese día habremos conversado como 2 horas por lo menos y fue realmente maravilloso, porque ella entendió perfecto”, cuenta con alivio.

La conversación se dio entre Paulina y Alejandra, a pesar de que estaban ambos padres en la video llamada. Alejandra se detuvo para explicar cada concepto, cada detalle y término, con especial conciencia de lo que para Christian iba a significar esa conversación. Paulina estaba plagada de miedos también. Necesitaba saber que la conducta no estaba asociada a su separación con el padre, que no era una reacción que hubiese provocado de forma inconsciente o producto de algún trastorno, que no era un problema para Helena y que podrían llevar una vida tranquila. Frecuentemente estas dudas se ven alimentadas por una serie de malas experiencias y definiciones confusas, entre ellas el primer encuentro en los Centros de Salud, colegios e instituciones donde frecuentemente los padres y sus hijos son víctimas. La Encuesta T del año 2017, analizó la relación

de la comunidad trans con las instituciones públicas de salud, revelando que el cuestionamiento de la identidad es uno de los factores que se ha transformado en la tónica, alcanzando un 96%, que declaró haber sido víctima. Otro 27%, dijo incluso haber sido ignorado por completo por las instituciones. Pero la situación se agrava aún más con los casos en los que se acusa una negación rotunda para ser atendidos en los centros de salud, llegando a un 17%.

Tras su primera conversación, ambos padres comenzaron a entender lo que estaba sucediendo, tomaron distancia de sus primeras teorías y lograron cerrar el puzle con piezas distintas. Términos como **cisgénero** (concordancia entre el género asignado y el género adoptado), **género no binario** (ni género masculino ni femenino), **transición** (tiempo a través del cual la persona comienza a vivir con un género con el que se identifica, distanciándose del género asignado al nacer) y **sexo biológico** (características genéticas, endocrinas y anatómicas empleadas para diferenciar a las personas como macho o hembra) complejizaron el panorama en un primer minuto, pero Alejandra fue especialmente explicativa con ellos, entendiendo que lo que estaba en juego era el desarrollo de la identidad de Helena y sobre todo, el apego de sus padres.

Tras dos semanas de incorporación de conceptos y resolver dudas, decidieron pedirle a Alejandra que fuera a Coyhaique, para que evaluara a la Helena (hasta entonces Facundo para efectos legales). Esa visita y evaluación fue tremendamente significativa para ambos padres. Helena se enfrentaba por primera vez a una desconocida que se sorprendía gratamente al ver su cabello largo, de la que recibió un halago por sus lindos moños que hizo sonrojar a la niña. Alejandra le dijo que se veía linda y la llamó por su nombre, Helena.

Habló con ambos padres también y le dijo a Christian todo lo que Paulina llevaba pensando hace tiempo. Le dijo que necesitaba que él la escuchara. “Rápidamente se notó un cambio, lo que hizo fue cambiar totalmente su actitud con su hija, del cielo a la tierra” sostiene, y recuerda que en ese minuto logró ver una nueva faceta de su ex pareja también.

Si bien todavía no la trataba de Helena, el padre ya había logrado comprender que si no se adaptaba, perdería a su hija y extendería un profundo daño en su vida. Por otro lado, el hijo mayor de Paulina, Lucas, de solo 7 años, se explicaba toda esta confusión como una “locura” de su hermano, con la mayor inocencia. Él no se hacía ningún problema con verlo vestido de mujer y le dio estructura a lo que veía pensando que su hermano Facu estaba loco. “Y si el Facu no entraba en la estructura de él, buscaba otras formas para definirlo” cuenta entre risas, emocionada.

El cambio dio sus primeras señales afectando la personalidad de Helena. “Lo pegado que



era a mí cuando niño, cuando era Facundo. A cualquier parte que íbamos estaba aferrado a mí, era una cuestión obsesiva y poco a poco lo iba dejando. Sacó su personalidad, fue muy notorio eso, la veo mucho más autónoma. Yo me imagino, tratando de meterme un poco en su cabecita, a pesar de que es imposible, tratando de entenderla, y me da la sensación de que ella se sentía disfrazado de niño. Él no se sentía cómodo, no se sentía ella”, cuenta entre breves pausas del cigarro, reviviendo aquel instante. Es cierto que muchas personas no necesitan pasar por este proceso, o simplemente lo rechazan, pues es injusto depender de un certificado psicológico o psiquiátrico para la readecuación corporal.

Otras personas, en tanto, consideran importante este proceso, pues requieren información o acompañamiento al inicio o durante toda la transición. Pero lo cierto, es que cada comunidad tiene derecho a contar con las herramientas para ser respetados y apoyados en su decisión. Figuras como la de Paulina, en zonas tan remotas como los extremos de Chile, se transforman en el primer paso para muchos grupos que aguardan temerosos, desinformados.

Regalan a sus comunidades discusiones que permiten el movimiento de políticas públicas en pos de la aceptación y destraban prejuicios, como los que podrían haberse estancado en un colegio Católico como el de Helena, que ser verá más adelante. Otras instituciones imitan y aprovechan la contingencia para promover el desarrollo de estas iniciativas, como lo que pasó con la Alejandra, la psicóloga, que hoy asesora otras instituciones en Aysén sobre identidad de género.

## **Adiós Facundo**

Diciembre es un mes que sacude a todo el país debido al calor y la Navidad, y, por ende, más de alguna cara de desesperación por las compras, o de agobio por las altas temperaturas, aparece en el rostro de los chilenos. Pero tanto Jacque como la “Viole” no parecieran seguir el ritmo de los demás. En medio de un día soleado, a ambas se les ve felices antes comenzar los preparativos de la nochebuena que celebrarán en el hogar, con el entusiasmo que otorgan los niños.

Jacqueline Álvarez tiene 39 años. De piel morena, gran sonrisa y anteojos que aparecen y desaparecen por vanidad, se encuentra inactiva como trabajadora, pero se dedica a criar, a tiempo completo, a su hija Violeta Carvajal Álvarez. Ambas viven con su pareja y padre, respectivamente, Claudio Carvajal, mecánico automotriz que trabaja largas jornadas en la multinacional FLSmith,



quienes fabrican equipamiento de plantas cementeras y mineras. Los tres viven, felizmente, en la comuna de Quillota.

Sin embargo, no todo fue siempre así. Jacqueline (Jacque para los amigos) nació y vivió toda su juventud en Calera, una ciudad tan gris e insípida como el cemento que se solía fabricar allí. Vivió con su padre, su hermana menor, su abuela y unos pocos años con su madre antes de fallecer. A los 18 años, en medio de un país revolucionado por el mundial de fútbol de 1998, se embarazó de un hombre sin importancia y tuvo su primer hijo, Martín, del cual Jacque recuerda un período complicado, pues no estaba preparada para ser mamá. “La diferencia entre embarazos es de años luz”, dice.

Y es que cuando supo de su embarazo, las condiciones no eran favorables. No tenía dinero, ni la madurez. Carreteaba hartó, entre alcohol y cigarros, y no dejó de trabajar durante la gestación. “Tenía 18 años, pero los de antes. Una no tenía acceso a internet, ni al celular, ni a nada, una era más inocente, más pava. Las de ahora son más avispadas”, asegura.

Pero con Violeta todo fue distinto, siempre. El punto de partida: su nombre. Violeta Rosita nació como Facundo Andrés, en agosto del apocalíptico año 2012. “No me digas nada de su nombre: sé que es espantoso, pero no había mucho que hacer al respecto” dice Jacque entre risas, indicando que fue su hija quien escogió sus nombres. Un paso definitivo hacia el cambio de género.

Jacque tenía 32 años cuando supo la noticia, de la que se alegró, pero no se sorprendió. Llevaba más de un año intentando quedar embarazada de Claudio, su pareja, hasta que lo logró. Muchas cosas habían cambiado desde el 98: tenía una buena situación económica y un embarazo planificado, uno que llevó con todos los cuidados posibles.

Comenzó realizándose exámenes para ver si estaba sana. Consultó al ginecólogo, tomó vitaminas, hubo más ecografías, leyó numerosos artículos y escuchaba música para estimular al bebé. Incluso dejó de trabajar para que todo saliera bien. “Aparte”, dice, “no estaba con esa angustia de en dónde iba a vivir, que dónde iba a tener una cuna pa’ la guagua...en cambio con la Violeta sí había una casa, sí había una cuna”.

Algo muy importante, dice ella, es que no quería cometer los mismos errores que con su primer hijo. Quería estar presente en la vida de su entonces “hijo” y darle la atención necesaria, como con las tareas y el colegio. Quizás por la misma razón, al pensar hacia el futuro, sólo deseaba

que su hijo, Facundo, fuera exitoso. Y como siempre lo veía bailar, pues entonces anhelaba que algún día fuera un gran bailarín.

Jacqueline termina de lavar vasos en la cocina, y recuerda que, eso sí, ella esperaba a una niña, pero las ecografías habían indicado a un varón. Aquello era algo sabido entre los cercanos a Jacque, y cuando comenzó la transición de género, hubo comentarios a modo de broma que por eso Facundo “había salido así, por mis ganas de tener una niña”. La gente habla tanta cosa, dice, y estamos de acuerdo.

Para Jacque, en su juventud, sólo existían las personas gays y lesbianas, y luego, se enteró de la existencia de la bisexualidad. Reconoce que jamás había escuchado el término “trans”, que ni siquiera nunca se lo imaginó alguna vez, hasta que comenzó a notar cambios en su hijo. “Yo siempre pensé que iba a ser gay por su forma de ser y por las cosas que me decía. Después en la tele empecé a cachar sobre el tema, y notaba que en mi bebé algo había. Así llegué a lo trans, pero antes de eso, no tenía idea”, confiesa.

Fue cuando Violeta tenía dos años que su mamá notó las primeras señales, a las que ella no le daba importancia. “Desde que estaba chiquitito que me decía ‘mamá, yo *pinchecha*’, y yo le respondía ‘no bebé, tú eres príncipe’. ‘No, pinchecha’, insistía ella, y yo le decía que bueno, que sea princesa” relata Jacque. Insiste en que no le importaban mucho las palabras de su hijo, ya que, según su pensamiento, cuando los niños son chicos no hay géneros pues están conociendo el mundo.

Violeta siempre se inclinó por los juguetes de niña: cochecitos, carros de supermercado, muñecas. “Para mí era como que me dijeran que era gordo o flaco, alto o bajo: jamás fue tema”, asegura. Pero para su pareja no, ni tampoco para Martín, el hijo mayor. “Pa que lo dejay?”, o “eso es de mujer, eso es de hombre” le decían insistentemente a Violeta. “Pero es que tú lo dejay”, se excusaban ante los reclamos de Jacque. Y es que, si ella se pintaba las uñas, Violeta también quería hacerlo, siempre al lado de su madre, siempre imitando lo que hacía.

Cuando fue creciendo, Jacque asegura que las inclinaciones hacia lo femenino de su hijo fueron avanzando. “Yo notaba que iba a ser gay” recuerda entre risas, “con mi hermana y mis primos siempre tirábamos la talla que era nuestro propio Leíto Méndez (Leo Méndez Jr, blogger LGBTI, hijo de Dj Méndez), porque siempre fue muy femenino. Sus movimientos, muy marcados; muy femenino para todo”. Hasta ese momento se lo tomó sin preocupaciones, y cuando el gusto por el baile se marcó, pues lo hacía con mucha frecuencia, tampoco se alertó. Jacque estaba cada

vez más convencida de que su hijo sería gay, pero, según ella, tampoco le tomó importancia: “si va a ser gay, que lo sea no más”, pensó.

Pero su pareja y su hijo no compartían la misma opinión. Jacque cuenta que muchos antes de la transición, Claudio, padre de Violeta, la molestaba mucho. Si compraban zapatillas, Violeta corría a buscar las de color rosa, o las que tuvieran lentejuelas. “Bien estelar”, recuerda Jacque: con harto brillo, plumas, muchas lentejuelas de colores. “Y Claudio se enojaba”, añade. “Eso lo ves después, cuando seas grande. Eso no es de hombre, tú eres hombre”, le decía Claudio a su hija. Con Martín era similar ese tipo de comentarios.

Al contrario de lo que pudiera creerse, con su hijo mayor no fue más sencillo el entendimiento de la situación, pues el joven de 21 años vivía y aún vive con su polola y su hija, ahí mismo en Quillota, pero lejos de Jacque. “Él fue papá y ya no vive conmigo. No vivió el proceso día a día con nosotros, sino por lo que le he ido contando”, dice. Era común que, al chatear con su hijo, este le preguntara por su hermano, a lo que Jacque contestaba “Martín, es tu hermana”.

Incluso pocos días antes de la entrevista se encontraron en el centro de Quillota, a lo que Martín aprovecha de preguntar “¿Cómo le gusta que le digan?”. “Violeta”, respondió su madre. “Violeta...” repitió, pensativo. Así, de manera paciente, Jacque logró que Martín asimilara y entendiera que su hermana ahora era Violeta, una niña, su hermana menor.

Pero el caso más complejo fue con su pareja, Claudio. Ninguno de los familiares de ambos se opuso al cambio, y aunque más de alguno insistió en que “no le aguantara”, Jacque asegura que al verlas tan firmes no les quedó otra que asumir y aceptar: “Les dijimos que si no les parece, que se alejaran no más”, rememora Jacque. Sin embargo, fue el mismo padre de Violeta quien presentó una marcada resistencia. “De primera, él lloraba. Tomaba un trago y lloraba desconsoladamente”, cuenta. Según ella, se volvió común que cuando paseaban en familia, Violeta se pusiera a bailar. Y con el baile, comentarios. “Uy, ¿por qué no baila como hombre?” escuchó a alguien decir más de una vez. U “Oye, es medio afeminado pa’ bailar, ¿ah?”. “Esas tallas no me afectaban porque la gente no tiene que saber por lo que uno está pasando, pero a Claudio sí y llegaba a llorar a la casa”, relata.

Aparentemente, lejos de herir algún tipo de orgullo, se le podía oír a Claudio preguntar a su pareja “¿Por qué tengo que aguantar que le digan cosas a mi hijo?”. “Oye”, le dijo Jacque una vez, tras volver de un paseo, “Él no se da cuenta de lo que le están diciendo. Y si va a ser gay, va

a ser gay. Tienen que asumirlo”.

“Mi pareja dice que no, pero yo siempre noté que él era un poco homofóbico”, cuenta Jaque, acomodándose en uno de los sillones individuales de cuero negro de su living. Su perfil izquierdo se reflejaba en una de las guirnaldas del arbolito navideño, junto a ella. Dos eran las razones por las que a Claudio complicada la supuesta homosexualidad de su hijo. En palabras de Jacque, la primera se relacionaba con “lo que le va a tocar vivir”: el sufrimiento, el *bullying*, la violencia, etc. algo que como madre también comparte.

Según datos del XVI informe Anual de Derechos Humanos de la diversidad sexual y de Género, del Movimiento Integración y liberación Homosexual (Movilh), en 2017 se registraron 484 casos de discriminación, significando un alza del 45,7% con respecto a cifras anteriores. De estos números, el 18% de los y las afectadas directos eran personas trans. También, en 2018, la Encuesta de Desarrollo humano en niños, niñas y adolescentes realizado por el Consejo Nacional de la Infancia y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), indicó que el 2,5% de los consultados aseguró haber sido discriminado por su orientación sexual o por su identidad de género.

Pero la segunda razón resultaba un poco más compleja. “También le preocupaba lo que pensara su papá”, cuenta Jacque: “Él (abuelo), por las inclinaciones de Violeta, varias veces decía “Putá la hueá, este hueón nos salió maricón”, o ‘Putá, este hueón que es maricón’, ‘Parece que va a ser maricón’. Eso reprimía mucho a Claudio”.

Un día, Violeta dejó de bailar. Era 2017, y Jacque cuenta de pronto dejó de hacerlo y el cambio se notó inmediatamente: pasó de ser la bailarina que se robaba la atención en los cumpleaños, a simplemente dejar de asistir a estos. La niña dejó de bailar. “Un día me dijo ‘mamá, ¿sabes qué pasa? Yo soy niña, no niño’”, recuerda Jacque. Le preguntó si estaba segura, y Violeta respondió que sí. Incluso le dijo “mamá, dime hija”. Pero esas conversaciones ocurrían a espaldas del padre, bajo la complicidad de una madre con su hija.

Ya tomándole el peso a la situación, Jacque decidió que era momento de conversar las cosas. “Claudio, sabís que esto me está pasando, esto me dijo la bebé: que era niña”, le dijo una noche, ya en la intimidad de su cuarto. No siendo suficiente, Jacqueline encontró en internet entrevistas a Evelyn Silva, directora de Fundación Selenna, dedicada a la infancia transgénero. Cuando Claudio se iba a otras regiones por trabajo, Jacque le enviaba por WhatsApp estos artículos y cuanta información encontrara en internet con respecto a los niños y niñas transgénero, incluso

el minidocumental “Niñas celestes, niños rosados”. Este es el primer documental chileno en exponer sobre la niñez y juventud transgénero. Fue estrenado en 2015 con apoyo de Fundación Transitar y se encuentra liberado en internet.

Jacque cree que de tanto hablarle del tema y de enviarle mucha información, Claudio terminó asumiendo el nuevo escenario, aunque con recelo. “Tuve que hacer un trabajo psicológico muy fuerte con él”, comenta, mirando al cielo y agachando los hombros, en señal de cansancio de sólo recordar todo el esfuerzo psicoemocional que mantuvo en ese entonces.

Pasado un tiempo, observó que Claudio seguía resistiéndose a una realidad que ya era, según cuenta, por lo que sugirió que ambos vieran a un psicólogo. “No es que considerara que estuviera loca, sino que era un tema súper desconocido para mí. Como dije antes, no tenía idea que existía el transgénero”, asegura. Ambos comenzaron a ir donde una psicóloga privada que Jacqueline conocía desde la infancia, pues habían sido compañeras de curso. “Me dijo que ella tenía una disforia de género, y que había un 99% de probabilidades que se le pase en la adolescencia” recuerda. Pero Jacque no quedó satisfecha con la conclusión de la profesional, pues en su hija veía a una persona con un convencimiento poderoso sobre quién era.

A pesar de eso, siguieron asistiendo a las sesiones, de las que Claudio no salía menos convencido de lo que ya estaba. El “cambio de *switch*”, como lo llama Jacque, vino en una sesión en particular. La psicóloga, sin rodeos, entregó una estadística a Claudio, en el que se afirmaba que la tasa de suicidios de los niños y niñas trans en la adolescencia, por la no aceptación de los padres, era de un 90%. “¿Eso es lo que quieres para tu hija?” le disparó la profesional a Claudio. Eso bastó para que él quedara paralizado, en shock por un momento. El silencio se rompió cuando Claudio dijo con evidente pena “yo no quiero que mi hijo se termine suicidando porque no es feliz, porque yo no la acepto”. Según datos de la Organización Mundial de la salud, cerca de 800 mil personas se suicidan al año, siendo la tercera causa de muerte en jóvenes de 15 a 29 años. La revista médica *Pediatrics*, editada por la Academia Americana de Pediatría, en su artículo “*Transgender Adolescent Suicide Behavior*” (2018), reveló que el 14% de un total de 120.617 adolescentes había intentado suicidarse. De ese porcentaje, 1% se identificó como “trans”: de ellos 50,8% de chicos trans y el 29,9% de chicas trans habían intentado suicidarse. Por otra parte, el estudio “*Chosen Name Use Is Linked to Reduced Depressive Symptoms, Suicidal Ideation, and Suicidal Behavior Among Transgender Youth*” (2018) publicado en la *Journal of Adolescent Health* se afirma que tratar a los adolescentes trans por sus nombres sociales disminuyó los cuadros depresivos, los pensamientos suicidas y los intentos de suicidio en ellos.

“Y así fueron cambiando las cosas”, concluye Jacqueline, sonriendo nuevamente: “Al principio del tránsito, lo primero que quiso la Violeta fueron vestidos con lentejuelas y cosas que brillaran, y Claudio decía que no, que sin tanta cosa. Pero ya se relajó, ya asumió que el mundo de las niñas es más rosado, con más colores y más brillos”.

\*\*\*

A eso de las cuatro de la tarde, Jacque se pone de pie: ya es momento de preparar la casa para nochebuena. Hay que trapear el piso, el patio, hacer la cena y vestirse, como es tradición, de manera semiformal. Insiste en que puede seguir contando su experiencia a pesar de estar ocupada, pues ya es costumbre hacer más de una cosa a la vez.

Toma la escoba, enjuaga un paño en una mezcla de agua con cloro y comienza su labor, y también a relatar. Recuerda que el término “trans” le pareció tan desconocido que le dio miedo. De inmediato pensó en hormonas y en cómo supuestamente estas bloquean la hormona del crecimiento. Ese pensamiento le quitaba el sueño.

Esa desesperación comenzó a crecer cuando pensaba en cómo ayudar a su hija. ¿Cómo entender el asunto? ¿Cómo ayudarla para que saliera adelante? Eran preguntas que Jacque se repetía a sí misma, y que acababan por inquietarla aún más. También, se sumaron las preguntas que Violeta le hacía a su madre, a las que ella, confiesa, les ha costado responder. Preguntas como “¿Mamá, cuando grande voy a tener voz de hombre? Yo quiero tener la voz de niña” o “mamá, ¿voy a poder tener hijos?” son las que Jacqueline se enfrenta y responde con sumo cuidado. “Me angustia no saber cómo responderle, o de responderle equivocadamente e ilusionarla. Sé que más adelante, por ejemplo, tendré que explicarle que, si podrá ser mamá, pero no de la manera que ella espera”, cuenta Jacque.

La madre trata de deshacer las preguntas contestando lo justo y necesario, sin entrar en detalles. Dependiendo de su edad, dice, le explica cómo son las cosas, algo que a ella también le cuesta porque no todo lo tiene claro. “¿Qué voy a hacer cuando le salga barba?” se pregunta. “Con Violeta vivo el día a día”, dice, “no me puedo programar. No puedo decir que en un año vamos a estar haciendo esto, o esto otro. El terreno que piso con ella es súper desconocido, entonces tengo que ir de a poco”.

Sin embargo, la situación más compleja y dolorosa para Jacque fue cuando tuvo que decirle adiós a Facundo. “La psicóloga me dijo que me veía bien (porque lo estaba), pero que

tenía que estar preparada para vivir un duelo”, recuerda Jacque. Es inevitable para ella llorar mientras revive esos momentos en su cabeza, cuando tuvo que aceptar que debía despedirse para siempre de él. “Como mamá nunca esperai tener que despedirte de tu hijo de seis años”, comenta, “me costó tanto embarazarme de él, me costó parirlo...y que me digan que me despida de mi Facu porque no existe más...estuve mal toda esa semana”. Jacqueline baja un poco la mirada, se suena, se seca los ojos. Jura que nunca negó a Violeta, y que la invadió un miedo terrible a la incertidumbre: miedo de lo que pueda pasarle, miedo a no tener el dinero para un tratamiento hormonal...

Actualmente en Chile, solo seis hospitales públicos están capacitados para atender a la comunidad trans. Estos son el Hospital Dr. Leonardo Guzmán de Antofagasta, el Hospital de La Serena, el Hospital Carlos Van Buren de Valparaíso, el Hospital Las Higüeras de Talcahuano, el Hospital Base San José de Osorno y el Hospital Sótero del Río de Santiago. Si una persona quiere someterse a una cirugía de reasignación de sexo en el sistema público, tendrá que esperar a lo menos 3 años, según explican los especialistas. Fonasa en la actualidad tiene contempladas sólo algunas prestaciones de salud (65), que permiten dar resolución a las necesidades de la población trans, cubriendo cerca de un 85% y excluyendo los insumos, más los fármacos asociados al tratamiento. De hecho, actualmente la mayor cantidad de cirugías se llevan a cabo a través de particulares o distintas iniciativas de colaboración médicas, alcanzando en el caso de las privadas a \$6.500.000.

La psicóloga le recomendó ver una película, “La Chica Danesa” (The Danish Girl, 2015), y según Jacque, sólo aumentó sus episodios de llanto. “Pero al menos me sirvió hartito para desahogarme”, comenta Jacque: “Ese fue el duelo que viví, así pude despedirme de mi Facu y asumir que ahora iba a tener a la niñita que tanto querido”. “Yo ahora tengo a mi Violeta y veo que es muy feliz, feliz, feliz...”, continua, sin embargo, agrega: “Pero para mí, mi Facu sigue existiendo en mis recuerdos. Tal vez la pérdida de mi mamá siendo tan chica me tiene media traumada con el tema, perdón. Me emocio mucho”.

Ante todo, Jacque pudo encontrar resiliencia en su hija, ya que a pesar del duelo y de no comprender cabalmente qué significaría ser trans, aceptó a Violeta siendo lo que es: una niña. Por lo mismo, optó por no sobre reaccionar cuando su hija le contaba situaciones de acoso, por ejemplo. “Mamá, es que mi compañero me molestó”, le dijo una vez Violeta. “¿Y qué tiene? No lo pesquís, déjalo no más, no te hagas drama. Mientras tú no le hagas daño a los demás, no te preocupes”, le aconsejaba Jacque. “Siempre le he bajado el perfil al tema, porque considero que tengo que trabajar mucho en su personalidad. Yo no voy a poder andar toda la vida con ella defendiéndola”, agrega.



## Hijos de El Trigo

Lisete Puebla nació y se crió en la olvidada población El Trigo en La Calera, lugar que ha sido testigo de las andanzas y locuras de Lisete y su mejor amiga, la ya antes citada Jacqueline Álvarez, desde la adolescencia. También es la misma comuna que, durante cinco años, sufrió por malos olores debido a la contaminación que producían las pesqueras en el río Aconcagua, y que, hasta ahora, no ha encontrado solución. Hace años que Lisete se mudó a un departamento en calle Enrique Amthor, a las afueras de la ciudad. Sin embargo, a diario debe volver al lugar de su infancia: allí, en medio de la vulnerabilidad socioeconómica y la fe evangélica, trabaja como inspectora en la misma escuela en que estudió su hija, Lisa, la primera niña transgénero estudiante de una escuela municipal de la comuna.

Lisete se levanta puntual a las 6:30 am todos los días, y luego de despertar a sus hijos, deja que ellos se vistan solos para ir al colegio. A diferencia de la mayoría, ella no viaja aislándose del mundo con sus audífonos y su música favorita, o perdiéndose en reflexiones mientras mira el paisaje. Mientras se traslada lo hace atentamente, puntual a las 7:20, en colectivo junto sus hijos Matías (10), Lisa (8) y Renato (6) hacia la escuela Gabriela Mistral, establecimiento de enseñanza básica que cuenta con una matrícula de 150 alumnos y está próximo al Centro de Calera.

Siendo madre muy joven (a los 20, luego a los 22 y finalmente a los 25), es egresada de técnico en educación parvularia. En 2012 comenzó a trabajar como asistente en aula y desde 2016 es inspectora y, además, es la encargada Junaeb, lo que aprovecha para darles desayuno a sus hijos antes que ingresen a clases. “Ando con ellos pa’ arriba y pa’ abajo”, comenta, mientras el menor le enseña un dibujo recién hecho. Y es que los observa en el patio, y después de la jornada escolar, a las 4 y media de la tarde, van de visita donde la abuela, madre de Lisete; por las tardes hacen tareas y a las 21 horas, ya se acuestan a dormir. A veces su horario se desordena, pero Lisete se esfuerza en mantener una vida estructurada y con horarios bien definidos.

Los fines de semana el panorama cambia un poco. Como cualquier sábado, Lisete y sus tres hijos estuvieron jugando en la plaza del condominio toda la tarde, lo que no bastó para que se agotaran. A menudo los niños gritan, se le acercan, le hace preguntas y siguen revoloteando por el living. Ella pareciera estar acostumbrada, y su pareja, Fabián Tapia, sabe cuál es rol mientras la madre de los niños está ocupada: el de mantenerlos entretenidos sin mucho éxito. “Esto es así siempre. Estoy acostumbrada a andar a full”, dice ella. Y si no salen al parque, o al cine, se quedan en casa viendo películas y regaloneando en cama. Justamente hace unas horas los cinco planificaron para subir, al día siguiente, a un cerro cerca de su casa. Al parecer, no habría visitas



ese domingo.

Matías y Lisa son hermanos de un padre ausente, y Renato, el menor, es hijo del matrimonio anterior de Lisete, uno que se inició hace siete años y que terminó en diciembre de 2018. Fabián, su pareja actual de hace seis meses, vive con ellos y la vida familiar se desarrolla con total normalidad. Tanto para él, como a Lisete, el cambio de género de Lisa, antes Gastón, no supone ningún problema, algo que sí lo era para su ex esposo, Patricio, quien ahora cumple con pensión y visitas regulares. Pareciera que todo marcha bien, pero Lisete recuerda que hace no muchos meses la vida era difícil, entre su separación, una depresión y el cambio de género de su hija Lisa.

Lisete asegura que siempre fue abierta al tema “trans” porque desde pequeña se crió con familiares gays. Además, por su trabajo en el plano educativo, estaba enterada del mundo transgénero, aunque no con mucha profundidad. Supo más cuando, a partir de la promulgación de la Ley de Identidad de Género, se hicieron capacitaciones en la escuela a cargo de la Fundación Renaciendo. El primer acercamiento fuerte, sin embargo, lo vivió gracias a su amiga Jacqueline Álvarez, cuya hija, Violeta, comenzó la transición mucho tiempo antes que su hija. Lisete escuchaba a Jacqueline hablar sobre lo que iba averiguando sobre la infancia trans, leía los artículos que ella publicaba en Facebook y hasta comenzó a buscar videos por Youtube. ¿Por qué? Pues, porque intuyó que algo de eso había en su pequeño Gastón.

Al igual que Violeta, Gastón, quien cambió su nombre y escogió el de Lisa, jugó con muñecas desde pequeña y mostró interés por el baile. Tan así que Lisete la inscribió en un taller de danza instalado cerca del barrio, imaginándose que en el futuro su hijo fuera cantante o bailarín. “Siempre tuve claro que el tema estaba relacionado con su orientación sexual. Entonces nunca me hice expectativas como que fuera a ser papá, por ejemplo” confiesa. A muy temprana edad, a los 4 años, Lisa demostró ser diferente a los otros niños, y como su madre no tiene prejuicios, en sus palabras, siempre esperó a que algún día le dijera “mamá, me gustan los hombres”. Pero en cambio, le hizo otra confesión: “mamá, quiero ser mujer”.

Los niños revolotean por el living, corriendo, gritando, tropezándose con alguno que otro juguete en el piso o en los sillones: figuras de acción, muñecas, y hasta un nostálgico tazo Pokémon. Fabián los distrae, pero no es suficiente, aunque a Lisete pareciera no importarle: está acostumbrada, y los deja ser. Nunca le han gustado los estereotipos de crianza, dice, y por eso ha enfocado sus esfuerzos en criarlos diferente del resto de los niños y niñas. Por ejemplo, desde pequeños les enseñó que los colores no tienen género: no importa si eres mujer y te gusta el azul, o si eres hombre y te gusta el rosa. Los dejó jugar con los juguetes que quisieran, sin importar si

eran muñecas. Lisete quería que, si conociesen a un niño así, lo vieran como algo normal.

Según la investigación “*It Begins at 10: How Gender Expectations Shape Early Adolescence Around the World*” (2017), publicado en *Journal of Adolescent Health*, realizada en 15 países como Bélgica, China, Ecuador, Egipto, entre otros, los estereotipos de género se arraigan en la adolescencia temprana (desde los 10 años) en niños y niñas, indicando que sin importar si la sociedad es más liberal o más conservadoras, los niños interiorizan a muy temprana edad que las niñas son vulnerables y los niños son fuertes. Además, al mismo tiempo, están atados a restricciones de género, sobre todo las niñas.

La transición de Lisa comenzó el año pasado (2018), pero Lisete recuerda haber visto señales desde antes. La más importante para ella fue una vez que visitó a sus padres junto a sus tres pequeños. La abuela había mantenido guardadas en una bolsa las antiguas muñecas de Lisete y otras de una sobrina, la única niña en una familia atestada de primos hombres. Cuenta que mientras hacía el aseo, descubrieron la bolsa y los niños se abalanzaron hacia ella. “Matías, el mayor, sacó las muñecas y comenzó a jugar, pero de una forma bien bruta, las golpeaba y daba porrazos”, relata Lisete, pero añade que “Lisa se acercó y las empezó a peinar. Luego, le movía las piernas como haciéndolas bailar”. Quienes estaban alrededor hicieron lo que ella llama “burlas en buena”, pero que Lisa no las tomó muy bien. “Ella me miró, asustada, y le dije que estuviera tranquila, que no pasaba nada malo. Ahí contó, por primera vez, que quería ser bailarina”.

En otra ocasión, haciendo compras en el supermercado, Lisa quedó fascinada con las muñecas de un estante. “Mamá, ¿puedo llevar una de estas?” le preguntó, a lo que su madre le respondió que en otro momento. “Me dio un poco de vergüenza, me cohibí”, confiesa. Más tarde, ya en casa, le comentó la situación a su marido en ese entonces, y tomaron la decisión de comprarle muñecas, porque eran juguetes, porque “no había nada malo”, fue su argumento. Luego, a los cinco años, mostró aún más su interés en ser una niña mediante los juegos de roles. Lisete cuenta: “si jugaba a los superhéroes, Matías y Renato eran Batman, o Spiderman, y ella era la princesa hada, superdelfina, o la supersirena. Pero siempre era con el rol femenino. Cuando jugaban a la familia, ella era la mamá”. Incluso recuerda que mientras Matías y Renato preferían ver *Dragon Ball Z*, a Lisa le gustaba ver *My Little Pony*.

Como inspectora de la escuela, Lisete podía ver que sus hijos no corrieran alguna clase de peligro en el patio. Allí, en primera persona, fue testigo de cómo Lisa se juntaba más con niñas que con niños, y que incluso vio cómo ella se le acercaba mucho a un niño en especial, “como cuando a una niña le gusta un niño”, explica. La profesora jefe del curso de Lisa también le

habló sobre conductas diferentes que había visto, y Lisete le explicó la situación. Su profesora comprendió, y eso fue la puerta de entrada para que Lisa llevara muñecas a la escuela.

“El más grande (Matías) igual molestaba a Lisa, así que hice que todos viéramos My Little Pony y a jugar con las muñecas para normalizarlo”, relata Lisete. Recuerda que nunca la vistió de niña, pero todos en casa la veían con sus muñecas bajo el brazo, moverse de manera más fina, que rechazara jugar deportes bruscos y a llenar la pieza con peluches rosados. “Un día, pesqué a toda la familia y los reuní en mi casa”, recuerda, “y les dije que la tenían que aceptar así y que no le dijeran nada. Y todos aceptaron: es que yo soy súper directa para decir las cosas”, agrega riéndose, pero diciéndolo muy en serio.

\*\*\*

Lisete se ajusta sus grandes anteojos y se toma el pelo. Las ventanas están cerradas, y el calor de un cúmulo de personas en el living-comedor comienza a golpear poco a poco. Afuera el cielo es gris, y desde el departamento se pueden ver algunas casas, las calles desiertas y muchos sitios sin ocupar, formando una masa amorfa de color café que se propaga por el barrio.

A pesar del calor humano, Lisete se dispone de buena gana a preparar café. Silva una canción, algo les dice a sus niños y ellos acatan. Pronto, desaparecen junto a Fabián tras la puerta. Saca un par de tazas, ahora tararea la misma canción. “se me quedó pegada el otro día y no sé cómo se llama”, comenta sonriendo.

Ciertamente, Lisete se encuentra mucho mejor que el año pasado. Comenta que la transición de su hija pasó demasiado rápido, tanto así que no lo ha terminado de deglutir. “Siempre fue difícil la carga social y sentirme observada”, dice. Sin embargo, lo más complejo siempre fue, por sobre todo, la carga emocional.

Lisete, al igual que Jacqueline, son madres que por su condición parental (y también por amor) tuvieron que soportar un gran peso sobre ellas para poder lidiar con una realidad que en este país ha sido difícil de aceptar, tanto por la sociedad como por las familias, pues según la Encuesta T (2017), el primer estudio que caracteriza a la comunidad trans en Chile a cargo de la Organización Trans Diversidades (OTD), el 41,3% de los niños y niñas trans reconoció su identidad de género antes de los cinco años; mientras que, por otra parte, el 97% dice que sus familias cuestionan su identidad.

La crisis matrimonial con Patricio, que se arrastraba en los últimos años, culminó en la separación en noviembre de 2018. Producto de aquello, Lisete se vio sumida en una fuerte depresión que la mantenía en cama y sin motivación alguna. Según estadísticas de la Encuesta Nacional de salud (ENS) del Ministerio de Salud, un 6,2% de los chilenos padece un cuadro de depresión, siendo las mujeres el grupo más afectado por esta patología: un 10,1% padece depresión, a diferencia de los hombres, quienes lo padecen sólo un 2,1%.

Un día, a inicios de diciembre, llegó de visita al departamento la hermana de Lisete, la que, según cuenta, va con frecuencia a visitarla a ella y a sus sobrinos. “¿Has visto a Facundo? ahora se viste de mujer”, le comentó la hermana, refiriéndose al entonces hijo de Jacqueline, con quienes mantienen estrecha relación. Lisete le corrigió y le dijo que ahora se llama Violeta, que era trans y que tenía que tratarla con ese nombre: Violeta. Lo que siguió fue una extensa charla sobre la niñez trans, con Lisete mostrándole toda la información, imágenes y videos que guardaba ya sea por los enlaces que su amiga Jacqueline subía a Facebook, como por su búsqueda personal. “Yo no me daba cuenta, pero Lisa (Gastón en ese tiempo) estaba al lado del sillón, calladita. Hacía como que jugaba a las muñecas, pero en realidad estaba prestando atención a lo que yo hablaba”, recuerda.

Lisete terminó convenciendo a su hermana sobre el apoyo que debe darse a los niños y niñas trans, que hay que dejarlos ser, y que, si Violeta se siente mujer, había que darle respaldo. Fueron dos horas de conversación tras la cual Lisete, cansada, acostó a sus niños en la pieza. “Me puse a lavar la loza, y ella (Lisa) llegó de la nada corriendo por el pasillo a la cocina. Y me dijo ‘mamá, le tengo que decir algo’”. “Dime”, respondió ella mientras enjuagaba platos y miraba hacia atrás. “Voy a ser mujer”, lanzó su hijo. Cuenta que de los nervios soltó una risa, a lo que Gastón tomó como una burla por parte de su mamá, y corrió enojado a su pieza. “Me sequé las manos y la fui a buscar. La acosté conmigo y le dije que conversáramos. En ese momento se puso a llorar a mares”, comenta Lisete.

En un momento dejó de llorar y le dijo, sin rodeos, “¿sabes qué mamá? Yo ya no quiero ser más hombre, porque yo no soy un hombre”. Luego, añadió: “siempre me he sentido mujer, y usted no sabe. ¿Hasta cuándo voy a poder ser mujer realmente?”. Ahora, la que lloraba era Lisete. Y mientras lo hacía, Gastón le contaba que sentía que no encajaba en la escuela, que se juntaba con niñas, pero no era niña, no se veía como una, y tampoco podía jugar con los hombres porque no se sentía hombre. “Ese comentario me partió el corazón”, confiesa Lisete, porque comprendió la frustración de su hija. Empezó a recordar que hace días la veía “apagada”, distante, callada y muy sensible, pero no lo había notado por su depresión. Fue entonces que Lisete despertó, y

prometió a su hija apoyarla en todo. “Fue mi cable a tierra”, comenta.

“Mami, necesito que me ayudís”, siguió Gastón. “Eso bastó para que me convenciera de que mis hijos me necesitan, mi hija me necesita. Tenía que jugármela por ella: así salí adelante”, confiesa Lisete. Por esa razón buscó de inmediato ayuda psicológica: primero, habló con la psicóloga de la escuela. “Yo lo había visualizado hace tiempo, Lisete, pero no te quise decir porque sentía que te podías molestar”, le comentó aquella vez. Le hizo diferentes test a Gastón, el cual en ellos, por ejemplo, se dibujaba como a una niña. Y decía que esa niña era él. “Aún usaba el artículo él”, añade Lisete. “La tía me dijo que era un tema de orientación sexual, pero que mejor fuera con una persona especializada en el tema trans, porque ella no manejaba mucha información”, recuerda. Por lo mismo, la profesional no se atrevió a hacer un diagnóstico.

Luego de hablar con su amiga, Jacqueline Álvarez, esta le recomendó a la psicóloga que ella visitaba. Ambos, Lisete y Gastón, comenzaron la terapia: por una parte, ella como madre quería fortalecerse, pues cuando su ex pareja se enteró, no la apoyó, cargando con toda la responsabilidad sola; y por otra parte, para ver si las sospechas sobre Gastón eran ciertas.

Días después de la confesión de Gastón a su madre, Lisete le explicó la situación a Patricio, su ex esposo. Pensó que la iba a apoyar, pero no fue así: es más, la criticó. “Me hizo el típico comentario de que yo ‘quería una niñita’, o ‘no tuviste una hija, quería una por eso le estoy haciendo esto al niño’, o incluso ‘la gente va a creer que al niño lo violaron’, explica. Cuenta que llegaba a llorar de la frustración, porque a pesar de siempre saber que su hija era *así*, a raíz de los comentarios de su ex pareja, comenzó a cuestionarse acerca de su actuar. Si acaso estaba haciendo bien las cosas, si no se iba a arrepentir, si acaso después su hija no le criticaría a ella lo que le estaba haciendo. ‘El papá me cuestionó tanto que en algún momento sentí que me estaba equivocando’, añade. Por eso, al pensar en tener que salir con su hijo vestido de mujer y por ende contarle a todo el mundo lo que estaba pasando, su ansiedad se elevaba. “Necesitaba hartó apoyo porque me sentía sola”.

Afortunadamente, Lisete encontró una gran aliada en la psicóloga. “No, Lisete”, le decía, “estás haciendo las cosas bien. Esto es por el bien de tu hija. Mírala, está feliz”. Y tenía razón. Pudo notar que su hija, en sus palabras, florecía. “La veía tan llena de vida, a diferencia de antes, que estaba apagada, llena de tics nerviosos. La transición es lo mejor que le pudo pasar”, dice a modo de conclusión.

Al separarse, la ex pareja de Lisete, quien había sido un padre para Matías y Lisa, perdió

todo contacto con sus hijos, a excepción de Renato. Él se enteró de la transición de género debido a que el pequeño hizo comentarios en una de sus salidas. “Me preguntó qué onda y le conté. ‘Era de esperarse, ya lo sabía’, me dijo. Ambos teníamos las mismas ideas de crianza, sin roles, sin estereotipos”, explica, ya que a diferencia de él, su actual pareja no ha tenido ningún reparo. Hace seis meses que mantiene una relación con Lisete, y cuando se fue a vivir con ellos, Gastón ya era Lisa. “Le había dicho anteriormente que tenía una hija. Él no sabía lo que era eso, pero la aceptó de todos modos”, cuenta, y le dio la siguiente explicación de lo que era un niño trans: “son niños que nacen con un sexo definido, pero se sienten del sexo opuesto”.

Pero al igual que Jacqueline, Lisete ha tenido que enfrentarse a una situación más dura aún: el luto. Reconoce que le costó mucho decirle adiós a Gastón. Su voz se quiebra, pero se esfuerza en mantenerse firme al relatar que cuando ve fotos de su hijo. “Me duele el hecho de que yo tuve a un niño. O sea, por más que yo la apoye, y la amo, la amo mucho...pero tuve a un hombre, a mi niñito, a mi Gastoncito”, reconoce.

Siente desconsuelo al recordar, por ejemplo, las veces que con el papá hacían cosas “de niño”, como jugar a la pelota. A Gastón no le interesaba, pero de todas maneras lo hacía. Eran momentos familiares. Por eso comenta que “le di la bienvenida a Lisa con todo el amor, pero también me duele dejar ir esas cosas, esos momentos, eso de nunca más llamarlo Gastón”.

Sin duda que ese sentimiento fue tema de conversación con su psicóloga, a lo que ella respondió que era normal. Es un duelo que debe vivir, y que con el tiempo, se va a acostumbrar y el dolor desaparecerá. Y así ha sido, paulatinamente, el proceso interno de Lisete, el que se pone a prueba cuando Facebook le recuerda momentos pasados, fotos con su hijo. Y para ella, es inevitable sentir pena.

La relación con su psicóloga es, sin dudas, uno de los apoyos más fuertes y saludables con los que Lisete y su hija han contado, y dice que cada vez van menos: sólo una vez al mes. Sin embargo, antes de conocer a la profesional, tuvo que enfrentarse a la inoperancia de la salud pública chilena, quienes no tenían idea de la realidad transgénero en niños.

## **CAPÍTULO 2. LO QUE AFECTA A UNO, AFECTA AL OTRO: ¿A QUÉ PROBLEMAS SE ENFRENTAN LOS PADRES Y SUS HIJES?**

El malestar en los niños se manifiesta de diferentes maneras: la incomodidad con la ropa que les es asignada, la dificultad de hacer amigos en los distintos espacios, la marginación por parte de otros grupos, el largo del pelo que desean tener, la negación a ir a la escuela para no tener que enfrentarse a las burlas de los compañeros o a la falta de sensibilidad de los profesores.

En este sentido los padres suelen atravesar un abanico de sensaciones cuando comienzan a percibir las señales, que van desde la sorpresa, la angustia, el miedo, la desilusión, la culpa y el enojo hasta el rechazo. Por lo general, los adultos interpretan las actitudes de los niños como extravagancias o juegos, o incluso como señales de su relación con ellos como padres. Ante esto, la respuesta inmediata es la patologización, la violencia y, muchas veces, la negación, lo que provoca una profunda represión de las formas de identidad de sus hijos.

En la presente memoria, a raíz de los distintos testimonios de los padres y madres entrevistados, se abordarán los problemas que ellos mismos han identificado en su experiencia directa con sus hijos y el entorno. De esta manera quedan reflejadas las distintas realidades de los niños con sus padres como, por ejemplo, en el tema salud, donde tanto Armando como Paulina no tuvieron dificultades, a diferencia de Lisete y Jacqueline; o bien situaciones de discriminación en la calle o lugares cotidianos, como sucedió con Lisete/Lisa y Paulina/Helena, los que afortunadamente no vivieron Armando con Michel y Jacqueline con Violeta. Sin embargo, todos tienen experiencias que contar en materia de transición de género y el sistema educativo.

En abril de 2017, el Ministerio de Educación y la Superintendencia emitieron una circular para resguardar los derechos de los estudiantes trans dentro del sistema escolar, dada la alta cantidad de denuncias de violencia al interior de los distintos establecimientos. En este documento se indicaba que se debía respetar el nombre social del niño, además de brindarle las facilidades necesarias para el uso del uniforme y baños.

### **Zapatos para Lisa, Vestidos para Helena**

Lisete y su hija no han vivido episodios fuertes de discriminación, aunque, al igual que



muchos otros padres, sí ha sido el chaleco antibalas que protege a sus hijos e hijas de comentarios o actitudes que, de alguna manera, interfirieron con la cotidianeidad.

Ejemplo de ello fue durante la primera salida que tuvo con su hija iniciada la transición. Después de mucho caminar por el centro de Calera, buscando zapatos para Lisa, ambas decidieron entrar a Falabella. Lisa, vestida enteramente de niño, se sintió intimidada ante las miradas de los adultos, quienes veían a un pequeño niño en la sección de calzado femenino. “Lisa, tú compra lo que quieras” le dijo Lisete al verla tan afligida. Una vendedora se les acercó, y les ofreció ir a la sección de hombre. Lisete le respondió que no se preocupara, que su hija iba a elegir.

Después de un rato, la vendedora se acercó a Lisete ofreciéndole unos zapatos de niño “súper bonitos”, le disuadió. Le insistió en que sería su hija quien elegiría sus zapatos, a lo que se acercó otra vendedora. Lisete escuchaba el cuchicheo de las demás personas, y también comenzó a sentirse observada. Un dolor de estómago la incomodó aún más. “Tenía ganas de vomitar, me sentía súper juzgada”, recuerda. Mientras convencía a las vendedoras que sería su hija (a veces le decía “hijo”, ya que recién se estaba acostumbrando) quien elegiría los zapatos, Lisa tomó unos de color rosa que la dejaron fascinada, y sacándose a las vendedoras de encima, le comentó a su hija que se parecían a unas botas de ella, pero más lindas. Su intención, a pesar de aceptar la transición de género, era comprarle unas zapatillas de uso diario, no vestirla como “princesa”.

Para su sorpresa la cajera los atendió muy amable, e indicando a Lisa, le comentó: “si a ella le gustan, no se preocupe”. Lisete había caminado hasta la caja con un torbellino en el estómago, tratando de controlar el sinfín de emociones negativas que estaba sintiendo. Pero cuando escuchó a la joven en caja, sintió alivio, y tanto el estrés como las ganas de vomitar desaparecieron, al menos hasta llegar a casa, donde ella se encerró y lloró.

La siguiente vez que salieron Lisete encontró rara a su hija: sentía que era un niño vestido de mujer, nada más. Nuevamente fueron al centro de Calera, y presa del nerviosismo, prometió no volver a pasear así con ella, no dejarla salir así. Poco después, al darse cuenta que nadie las miraba y que nadie hacía comentarios, se relajó. “Entendí que estaba todo en mi cabeza”, comenta Lisete. Desde ese día pasearon más, pues admite que tenía a su hija “como encerrada en la casa”. Ahora los paseos son con Lisa vestida con ropa de niña, chapes en su pelo largo y unos aros recientes. “Yo ya no la veo como un hombre. En realidad, creo que todo eso estaba en mi cabeza porque tenía miedo al cambio: yo misma me hacía sentir como que ella se veía rara. Pero no, eran todos rollos míos”, comenta Lisete a modo de reflexión.



Algo similar ocurrió con Paulina, quien no podía llamar a su hijo Facundo de otra forma en lugares públicos. Era complejo para ella porque había veces que no quería decir su nombre, “Helena”, el cual evadía a diario. Pero Helena empezó a retraerse muchísimo. Parte de su carácter estuvo dominado por esta razón durante un largo rato. Pero después de la transición, cuando se daba una situación similar en la calle, se le iluminaban los ojos cuando podían decir su nombre, Helena. “Es bien fuerte esa sensación, es increíble lo importante que es para ellos poder ser llamados por su nombre”, recuerda, emocionada.

Antes, Paulina ya había atravesado una situación similar. En 2017, y como era costumbre, a tres meses de la navidad le preguntó a sus hijos qué regalos querían que les trajera el viejito pascuero. Lucas, el hermano mayor de Helena y que en ese entonces tenía siete años, pidió lo de siempre: juguetes para niño. Sin embargo, Facundo (Helena) pidió la muñeca y el vestido de Rapunzel. En ese minuto dudó de su hijo y en qué quería realmente de regalo.

Para Paulina esta fue la primera señal y la primera complicación, pero lo tomó más como una señal. Fue la primera vez que se enredó con sus propios pensamientos y lo conversó con su pareja, quien “hace rato venía con la idea de que no se vistiera más como niña, porque para él esto era un disfraz”, cuenta.

En ese momento se hablaba de eso, de un disfraz. Fue tema de conversación con su pareja, amigas y hermana, hasta que al finalmente, después de tanto pensar, imaginó el día de Navidad: a Lucas, abriendo los presentes que había pedido, y a Helena, abriendo regalos que nunca mencionó, “cosas para niños”. “En ese momento me pregunté por qué él tenía que abrir regalos que no quería. Ese fue mi ejercicio, en ese momento hice ‘click’, y dije: se le regala el vestido que quiere y punto, que la gente piense lo que le dé la gana”, recuerda Paulina.

Ella seguía pensando que lo que vivía su hijo era una etapa, que no necesitaba mucho análisis, aunque en el fondo, sabía que algo distinto estaba pasando. Al igual que madres como Lisete o Jacqueline, Paulina no sabía cómo llamarlo, por lo que, en una salida casual, conversó con una amiga de años junto a su hermano, un joven gay. A él le preguntaba mucho sobre cómo él era cuando niño, o si se le notaban señales de chico. El joven le respondió que no era situaciones comparables, porque él era gay, y Facundo, transgénero (transición del género asignado a uno elegido de manera propia). Que no era muy femenino, no había mucha diferencia con otros niños, a lo sumo se sentía más delicado, pero a medida que fue creciendo y su sexualidad empezó a manifestarse, fueron que floreciendo algunas señales por primera vez. “Yo pensaba no po, esto no es lo que le pasa a la Helena y ahí me cuestionaba qué era, no sabía y me costaba ponerle nombre,

seguía sin entender bien”, asegura.

Paulina afirma no ser de esas personas que “analizan tanto las cosas”. Prefiere una forma mucho más práctica de ser, y dejar que los eventos se resuelvan en el camino. Lo que sí le preocupaba más era el rechazo del padre. En su casa, Helena llegaba del colegio y se cambiaba de inmediato de ropa. Se sacaba la ropa de niño y se ponía vestido, una falda o algún disfraz que le hubiesen regalado. Tenía una prima, a la que siempre le pedía ropa cuando iban a su casa, y entonces aprovechaba y se quedaba con la ropa que le quedaba chica. De a poco ella misma se fue haciendo un stock propio de ropa, pulseras, collares. Como dice su madre, “ella se las ingeniaba solita”.

Helena nunca sintió rechazo de parte de los amigos, o la gente del colegio por este tema en particular. Los problemas que tuvo en el colegio son los de cualquier niña normal, dice Paulina. Que me pegó, que me empujó, que me miró feo, pero todo dentro de la normalidad de los niños en ese ambiente, nunca nada relativo a su condición. “Los niños son muy chicos todavía” dice, agregando que “mientras no haya un adulto que le inculque al niño esta fobia, no les va a importar, no es relevante para configurar sus amistades o determinar con quién se juntan”.

Ahora le creció su pelo, que al igual que Violeta, era lo que ella más quería. Al llegar a su casa después del colegio lo primero que hacía era ponerse un pañuelo en la cabeza, porque odiaba su pelo corto. Cuando hizo la transición y se hicieron todas las inducciones en el colegio (tema que se desarrollará más adelante), se habló de que había que dejarla ir con su pañuelo porque era símbolo de su identidad, porque ella sin su pañuelo se sentía muy observada. “Sin su pañuelo no dormía” asegura Paulina.

En algún minuto logró que se lo sacara en la casa, pero a ratos. A veces, si Helena estaba a solas con su madre, se lo sacaba, pero afuera, no se le podía mover ni un milímetro el pañuelo porque era un escándalo. Fue en septiembre del 2018 que Paulina y su hija hicieron un trato: aprovechando que su pelo había crecido, le pidió que esa semana no ocupara el pañuelo y a cambio le daba algo que ella quería. “Pero los dos primeros días fue show”, cuenta Paulina, ya que su hija que estuvo a punto de tirar la toalla y pasarle su pañuelo sin dejar de gritar y hacer escándalo. “Mamá pásame mi pañuelo, me veo espantosa”, le decía Helena. Al tercer día, a Paulina se le ocurrió hacerle cachitos a su hija, a ver si convencía. Y eso la calmó.

Recuerda que después de esa semana, el lunes, fue con los cachitos y logró que no usara el pañuelo. Si bien opuso algo de resistencia, desde ese día el pañuelo quedó en el pasado. “Fue

toda una travesía lograr quitárselo, fue lo más simbólico de la transición. Ahora no le voy a poder cortar más el pelo, imagínate que su referente es Rapunzel, su referente es el pelo largo”, narra Paulina, describiendo así su odisea.

Recuerda una anécdota bien divertida de cuando Helena hizo su transición. Una mamá del curso le comentó en una reunión de apoderados que su hijo había llegado a la casa y ella le preguntó cómo le había ido y si habían llegado compañeros nuevos. El niño le contestó “sí,, hay una compañera nueva que se llama Helena y se parece mucho a un compañero que ya no está, el Facu”, cuenta Pualina mientras suelta una breve carcajada.

Así como ella, Lisete también se esfuerza por hacer sentir bien a su hija y que ella se sienta bien consigo misma. Esto lo logra conversando.

Su intención es que Lisa crezca emocionalmente sana, por eso, le explica que hay gente que no comprende la situación y que, en algún momento, alguien le dirá algo que la pueda herir. “Estamos claros que en algún momento de su vida vendrá alguien y le dirá algo que no le va a gustar, o la van a discriminar o le harán algo feo. Entonces tengo que hacerla más fuerte”, cuenta Lisete proyectándose al futuro, pues la niña no cursará tercero básico para siempre.

Uno de los miedos de la “tía” Lisete emerge cuando se imagina a su hija salir de octavo, pues en ese momento, al entrar a la enseñanza media, deberá migrar a otro establecimiento educacional. La escuela es el nido donde todos quieren y cuidan a Lisa, pero una vez crezca, deberá volar y hacer su vida de manera más independiente, sin su madre ahí, protegiéndola desde el patio.

Por eso que Lisete varias veces le dice a su hija frases como “mira, Lisa, si alguien viene y te dice ‘oye, ¿por qué estás vestida como mujer si eres hombre?’ Tienes que respirar profundo y entender que no todo el mundo comprende el tema. Tienes que decirle ‘bueno, si no te parece, no me hables, pero respétame’”. Le explica también que no hay nada de malo en ser transgénero, que debe sentirse orgullosa de quien es y poco a poco le introduce términos como “trans” o “cis” para que comprenda de qué se trata todo. Eso sí, hay una insistencia fuerte en Lisete hacia su hija cuando se trata de una discusión, y es la de mantener la calma antes de hacer algo o hablar. “Ella es muy nerviosa”, cuenta.

Por eso, además, es perseverante en enseñarle a que siempre debe conversar los problemas, por más hostil que sean con ella. Y si alguien no quiere entender, pues entonces se le ignora. Nada

de gritar o dejarse llevar por la emoción: Lisete se empeña en que su hija se mantenga estoica ante situaciones desagradables. “En el fondo, siento que ella sí está vulnerable. Si bien es gritona y enojona, igual tiene una personalidad introvertida. Entonces, sí yo la hago fuerte, y le enseño a que no tiene que importarle lo que diga el resto, subiéndole el autoestima, entonces podrá superar cualquier situación negativa”, asegura, pero añade tajante: “así logro también que sepa que tiene a su familia. Los demás no importan”.

### **La transición de género en el colegio**

Una de las circunstancias que más acomplejan a padres y madres es la del colegio. Lisete agradece a Dios no haber tenido mayores problemas en general, pero sí recuerda que el colegio le significó una de sus mayores preocupaciones. Lisa comenzó su transición en diciembre de 2018, lo que coincidió con sus vacaciones de verano, pero fue durante los últimos días de clase en que ella comentó a sus compañeros que sería una niña, y que su madre ya la había aceptado.

“Después de que me contó a mí, se empoderó”, comenta Lisete. Ella piensa que su hija se sintió libre, porque lo contaba a todo el mundo. Entonces, aprovechando su trabajo en la escuela, conversó con Mirtha Núñez Urria, la directora. También se sumó la asistente social y la psicóloga, la que Lisete llama “la dupla sicosocial”. Las tres dieron su apoyo, sobre todo Mirtha, quien se comprometió a que, en la escuela, la ley se cumpliría al pie de la letra. En este caso, a pesar de que la Ley de Identidad de Género no interviene en materia educacional, el Estado tiene la obligación de velar por el principio de no discriminación en todos los niveles educacionales, además de delegar la responsabilidad de la no discriminación de niños, niñas y estudiantes LGBTI no sólo a la comunidad, sino que también a los sostenedores de establecimientos educacionales, estipulado en la Ley N°20.370, o Ley General de Educación. Esta y otras informaciones pueden encontrarse en el documento “Orientaciones para la inclusión de personas lesbianas, gays, bisexuales, trans e intersex en el sistema educativo chileno” (2017), del ministerio de Educación.

A los 5 años Helena comenzó su transición. Fue en febrero de 2018 cuando finalmente se decidió y una vorágine se desató para Paulina, porque previamente, en el colegio, nunca hubo una discusión por lo que estaba sucediendo. Tampoco nadie sabía. Así que pensó que lo primero era hacer lo que ya tenían planeado: hablar con el colegio, para que permitiera que Alejandra, la psicóloga que habían contactado con el papá de su hija, fuera e hiciera charlas para capacitar a todos los docentes y profesionales. Esto significó un paso tremendamente importante, porque implicaba que la institución aceptara que las condiciones para el normal desarrollo de una

niña trans aún no estaban garantizadas, y que por primera vez iban a ser parte de un cambio en conjunto con la transición de Helena. “Es un colegio católico, de monjas. Esto incluso para mí era impresionante”, cuenta Paulina.

Michel tuvo la suerte de estar en un colegio donde no se usa uniforme. Era parte de un sistema de educación más alternativo para la época y, sin embargo, no estaba exento de conflictos con sus compañeros. Armando relata, a modo de anécdota, algunas situaciones escolares incómodas para su hija en ese colegio. “Yo no alcanzaría a hablar de bullying, porque no lo era en realidad, pero ella sentía que hablaban de ella, que era tema la forma de vestir, de hablar, de expresarse y todo”, comenta. Si bien para Armando y Marije estas situaciones de violencia en los colegios eran más “normales” en los años 90’, los estudios confirman hoy que la realidad escolar es más dura de lo que se estimaba. Con intenciones de suicidio que se concentran en los estratos más jóvenes e integrantes de la comunidad escolar como cómplices de la violencia, muchas de estas anécdotas son parte de una serie de situaciones invisibilizadas durante décadas. Las causas de tal situación de violencia, en especial la sufrida por mujeres trans, son el resultado de una mezcla de factores, tal como lo dice el informe CIDH de 2014, en su párrafo número dos: “la exclusión, la discriminación y la violencia dentro de la familia, las escuelas y la sociedad en general; la falta de reconocimiento de su identidad de género; la alta criminalización (...) y la vinculación a condiciones de trabajo riesgosas que las hacen más vulnerables a la violencia”.

Mientras las princesas adquirían forma y sentido en el papel a través de sus manitos, llenando de color sus vestidos, Michel llegó a quinto básico, donde comenzaba a desarrollarse una creciente discusión sobre la relación entre los alumnos. Entre los 10 y 11 años, pequeñas señales indican el arranque de la curiosidad emocional entre los niños, una suerte de atracción con la que comienzan a comprender sus emociones.

Así, los niños y niñas comienzan a desarrollar una serie de juegos, donde implican los roles que han aprendido de sus padres. “Ahí es cuando empieza a lucirse si un cabro tiene cosas femeninas. Que lo molesten, en forma de pronto bien inocente, los cabros no cachan. Ahí se empieza a producir esta dinámica, entonces el niño o la niña empieza a sentir que tiene que defenderse de alguna forma y empieza a poner corazas”, cuenta Armando, dejando la vista clavada en un árbol, y continúa: “una vez se iba a sentar en su banco y le habían dibujado un pene en el banco, esa talla se la hacían a otras también y a las niñas. Te estoy hablando de cabros de diez años, pero ella se encontró con eso y fue (gesto de sorpresa)... uff, y ella fue a hablar con la directora, y la inspectora le dijo aaah pero bueno siéntate ahí no más, después lo arreglamos, y se sintió muy humillada”.

Jacqueline, por su parte, enfrentó al colegio de su hija durante el segundo semestre 2018. Una vez asumido que Violeta se quedaría para siempre, y después de haber viajado a Santiago para asistir a una reunión con la Fundación Selenna, Claudio estaba convencido de aceptar la propuesta que la organización les ofreció: un certificado de término de kínder, con el fin de hacer la transición en su casa. “Para que lo hiciera tranquila, sin que nadie le hiciera bullying”, explica Jacque. Pero, a diferencia de su pareja, ella no quería. No consideraba que la transición de género de su hija era algo que debía ocultar. “Le dije que no po, si esta cuestión la vamos a vivir, la vivimos como corresponde”, agrega.

\*\*\*

Antes de que el personal se fuera de vacaciones, la escuela organizó una reunión con todos sus trabajadores y trabajadoras, donde Lisete les informó en qué situación se encontraba su hija. El colegio entero ya sabía, pero había que contarlo personalmente. Acordaron que desde el próximo año (2019) ya no usaría el uniforme masculino, sino que vestiría buzo y zapatillas.

Así sucedió en marzo, pero las cosas cambiaron rápidamente. Se había fijado una reunión de apoderados para explicarles la situación con Lisa, pero esta se adelantó por presiones de la niña por vestir uniforme femenino, lo que gatilló la ansiedad de su profesora jefe. El resultado: la presentación de Lisa, mucho antes de lo previsto. Pero lo hizo de una manera inteligente: la profesora pidió que uno por uno se parara delante de la clase. Llegado el turno, la niña se presentó como Lisa Tapia, algo que no fue sorpresa para nadie. Sin embargo, fue la oportunidad de sus compañeros para hacer preguntas o comentarios, como, por ejemplo, que no entendían nada; o que ya sabían, puesto que habían visto antes a Gastón juntarse con niñas y jugar a las muñecas.

“Siento que fue más difícil para mí que para la escuela”, confiesa, bebiendo un sorbo de té para refrescar la garganta, pues la historia aún no termina. Unas semanas después la Fundación Renaciendo (de la cual Lisete es parte) realizó una serie de capacitaciones en la escuela, lo que en la práctica llevó a tomar la iniciativa de no formar a los niños en filas masculinas y femeninas, sino mezcladas. “Es más fácil hacerlo con los niños chicos, con los grandes no tanto. Pero los niños del primer ciclo van a ir creciendo y esto se va a ir normalizando”, comenta Lisete. Asimismo, agrega que la dupla psicosocial ya trabajó en un protocolo pronto a implementarse.

En Abril, Lisa definitivamente quería asistir a clases con falda. Según su madre, la niña le comentaba: “mamá, mis compañeros me preguntan que, si soy niña, por qué no voy con falda. Por qué mis compañeras sí y yo no”. Lisete tenía su uniforme listo, pero todo estaba guardado,

hasta los zapatos que a Lisa tanto le gustaban. Lisete tenía miedo.

Cinco meses antes, a fines de noviembre, Lisa había comenzado a transitar. Rápidamente comenzó por los zapatos, y luego, la ropa. “Estaba súper apurada por cambiar”, afirma. Ella quería ir de a poco, pero todos los días su hija daba ideas. Lisete no se dio cuenta, y su hija ya vestía como una niña. Dice que todo fue muy rápido, y que no pudo procesar el cambio: “Me costó asimilarlo porque el proceso fue muy corto y rápido, entonces de pronto me asusté de salir con ella. De salir y que nos dijeran algo, que nos discriminaran, que me la hicieran sentir mal. Porque pa’ qué estamos con cosas: cuando están recién en el proceso de cambio, igual se ven raros. Entonces la gente los mira extraño”, cuenta.

Por esta razón, durante el verano, Lisete se abocó a ablandar el terreno de lo inevitable. Conversó con sus amigas más cercanas y con vecinos de la población El Trigo, pues los conoce desde su infancia y sabía a lo que podía enfrentarse: a una comunidad fervientemente evangélica y de poca escolaridad. Pese a sus miedos por el rechazo y los prejuicios, les explicó que Gastón no es Gastón, sino Lisa; lo que es la transición de género y la importancia de llamar a los niños trans por su nombre social.

En tanto, Helena comenzaba su año escolar coincidiendo con el de su transición, hecho que motivó a la Dirección del colegio a organizar una charla con los apoderados. La primera fue con el curso de Helena, en la que el colegio se comprometió a no privar a la niña de ningún espacio. Según cuenta Paulina el establecimiento realizó una labor íntegra, iniciando capacitaciones en los trabajadores de la educación primaria con aquellos profesores y auxiliares con los que tendría más relación. Después se incluyeron a todos los profesores y a todos los apoderados del colegio, de primero hasta cuarto medio. “Fue increíble, una movilización completa de la estructura del colegio. Lo único que yo supe fue que se retiraron dos apoderados por el proceso que se estaba llevando con la Helena, y eran del curso de la Helena”, relata aún con sorpresa. Le contaron que justamente esas actitudes había sido por la naturaleza de las capacitaciones, y recuerda ese sentimiento de preocupación que sintió por los hijos de esos padres, por el ambiente de intolerancia en el que van a ser criados y lo que quizás terminen reproduciendo.

En paralelo, los problemas seguían frustrando a Michel. Situaciones poco frecuentes según dice, pero se sumaba a la realidad que debía enfrentar todos los días. Una cancha de fútbol ocupaba el noventa por ciento del espacio del colegio dominada por los pelotazos, por lo que las niñas debían atrincherarse en los pasillos evadiendo el alborotado ambiente. Michel quería un lugar tranquilo, un espacio para poder estar sola y en silencio. Así que tuvo la idea de cambiar de



colegio.

Por su parte Claudio, la pareja de Jacque, tuvo un pensamiento similar, y barajó la idea de que junto a Violeta se mudaran a Santiago y matricularla en algún colegio trans. “Ahí mi niña va a estar tranquila y nadie la va a molestar”, decía él. Lo cierto es que en Chile sólo existe un colegio pensado para niños y niñas trans: La escuela Amaranta Gómez, nacida en abril de 2018 como iniciativa de Fundación Selenna. No existe una norma legal que prohíba la niñez trans en los colegios, pero la poca preparación del personal en los establecimientos con respecto a lo trans ha sido una razón muy poderosa para que muchos niños y niñas desistan de su escolaridad, según consigna un reportaje de El Desconcierto. “Veamos primero qué onda el colegio”, le espetaba Jacque.

Comenzó hablando primero con la “tía” del curso, la que se puso a llorar. “Dijo que lo había notado antes, que se había dado cuenta, que incluso le daba pena porque las niñas llegaban con cintillos y ella (Violeta) quería usarlos, pero no podía”, relata. Pero lo que más afectaba a la profesora era la no aceptación del padre de Violeta, pues en cierta ocasión, ella le había contado que “su papá no quería que fuera niña”.

La profesora supo comprender, pero le recomendó que mejor era hablar con el director. Jacque hizo la solicitud, la que demoró en tener respuesta, hasta que la llamaron por teléfono. Antes de hacerla pasar a su oficina, el director explicó que se habían demorado por estar estudiando el tema, y que no quería conversar con desconocimiento. “Y no sólo hablé con él esa vez. Llegó el inspector general, el jefe de convivencia escolar, la jefa de UTP, la profesora jefe... Fue como que llegaran de la NASA, con sus maletines y sus trajes. Y yo ahí, como una polla, asustada de que me dijeran que esto no lo iban a aguantar aquí” rememora Jacque.

\*\*\*

Para Lisete, afortunadamente, su trabajo dio sus frutos. Cuenta que, en la primera reunión de apoderados del colegio, se les informó que existía una niña trans. Y aunque no dieron nombres, todos sabían de quién se trataba. Es más, nadie pareció molestarse por el género de la “hija de la tía”. “Todavía algunas pasan, abrazándome y felicitándome por ser tan valiente”, comenta.

Así, poco a poco, el miedo desaparecía. “Un día le dije ‘ya, ¿sabís qué? Vamos con falda’”, le propuso Lisete a su hija. Bastó sólo ese día para que, quienes aún no sabían, supieran. Hacía no mucho que los niños más grandes habían recibido una charla sobre sexualidad donde



se mencionó ligeramente lo trans, entonces hubo algunos comentarios. “Yo pensaba que la gente aquí era súper cerrada, que no lo iban a entender, y en realidad la gente es super abierta al tema. Son pocas las personas que, en donde me desenvuelvo, no entiende. Pero igual la tratan con respeto, eso es lo importante”, recalca Lisete.

Quien se llevó sorpresas también fue Paulina, pues no creía las ironías de la vida al encontrar tanto compromiso en un colegio de monjas, destacando que han sido especialmente receptivas con la evolución que ha requerido el colegio. Lo que sí cree Paulina, porque lo ha visto, es que varios apoderados son en extremo religiosos y no les interesa saber qué sucede, y eso estaría bien si no fuera porque Paulina siente las miradas llenas de prejuicios hacia su hija. “Tengo a mis hijos ahí porque es un buen colegio, a pesar de no sentirme tan comprometida con la iglesia. Pero siento que ese pseudo fanatismo de los apoderados es peor, porque incluso las monjas han sido cariñosas con Helena a diferencia de estos grupos más fanáticos, que han mirado con más recelo lo que ha estado pasando”, afirma.

La directora, que no es monja pero Paulina sí la caracteriza como una mujer muy religiosa, habló con ella en cierta ocasión para hacerle entender que, si bien quizás como religión no comparten la transición de Helena, lo aceptan y quieren aprender de ello, “porque saben que existe, que es algo inevitable y quieren incorporarlo”, recuerda Paulina. En palabras de ella fue “amor para nuestros niños, cómo sean, sin importar ningún tipo de diferencias”. Eso es lo que finalmente ha tratado de transmitir a los auxiliares, profesores y otros profesionales del colegio, para evitar situaciones de discriminación y manifestaciones violentas contra su hija y que se genere un espacio hostil. Helena todavía es muy pequeña, no le ha tocado una experiencia de ese tipo aún, a pesar de que Paulina tiene la convicción que lo vivirá inevitablemente.

Por otra parte, con Armando y Marije dispuestos a apoyar a su hija con el cambio de colegio, la trasladaron uno más pequeño, de la misma línea y cerca de su casa: el Mantai. Llegaron ahí a través de un contacto que tenían, la directora, quien era psicóloga y la conocían desde el colegio anterior, el Raimapu. Allí habían estrechado vínculos y se habían vuelto amigos. Ella había decidido salir y armar su propio colegio con un proyecto propio, considerando un solo curso por nivel y solamente hasta octavo. “Ahí el trabajo de convivencia era mucho más controlado” cuenta, porque no se generaban otras situaciones que no fuesen en una misma sala de clases, por lo tanto, le permitía a los profesores tener un mayor control de los grupos de alumnos. Habían encontrado ahí el espacio donde su hijo podría desenvolverse tranquilamente.

Con el transcurso del tiempo se adaptó a sus nuevos amigos, encontró espacio para poder

estar tranquila en su nuevo colegio, sin los constantes ruidos del patio anterior. Hasta que llegó el minuto. Con trece años se acercó a su madre para decirle:”mamá, yo me siento niña. Más niña que niño”. “La Marije no se lo tomó mal ni nada, pero es inmediata la imagen, la confirmación, produce una sensación distinta, la idea toma forma”, dice Armando.

“Después la mamá le dijo que tenía que hablar con el papá también”, añade, agregando: “habló conmigo, quedamos súper pillos la verdad. Ella (la mamá) cachaba un poco más que yo, y bueno, me dijo ella es transgénero. Yo dije qué es esa hueá, yo no había escuchado esa palabra”.

En primera instancia, mientras Michel estuvo en octavo en ese colegio muy inclusivo, donde se manejaba muy bien la convivencia, tuvo un espacio bastante bien protegido. De hecho a ella ya no la molestaban para el 18 de septiembre, con la clásica discusión por el traje de niño. “En el fondo son las cosas que a los cabros les complica, cosas que pa uno lo ve como una hueá súper sencilla, pero para ellos no. Y ahí cuando ella llegó a primero medio, hasta esa etapa ella era trans en la casa, no en el colegio” cuenta Armando.

Por su parte, Jacqueline estaba dispuesta de lado el miedo y la “buena onda” si era necesario para que aceptaran a su hija en el colegio. Pero como quien busca cobre y encuentra oro, Jacqueline contó el apoyo de todo el equipo, acordando que ella debía de informar la situación mediante una carta. Ese sería el medio por el cual la madre les indicaría que necesitaban, y, por otra parte, el medio donde el colegio haría llegar alguna inquietud si hubiera una. “Supongo que lo hacían para resguardarse, pero ¿resguardarse de qué? Si esto es hasta un plus para ellos: El colegio precursor en Quillota en tener una niña transgénero”, explica con una sonrisa irónica. Incluso le comentaron que podría llegar a prensa a su casa, pero a ella no le preocupaba. “Mi hija no es bandera de lucha de nadie”, les aseguró.

Otro de los acuerdos pactados fue que Violeta haría el tránsito en su casa, y que en el colegio aun no la llamarían Violeta sino hasta marzo del próximo año (es decir, 2019). “Pero ese fue el acuerdo que hicimos los adultos”, comenta entre risas. Fue en esa misma fecha que Claudio decidió apoyar en 100% a su hija, tras su cita con la psicóloga. En palabras de Jacqueline, Violeta “se soltó el cabello”: le contó a todo el mundo que ahora sí podía ser niña, porque su papá la iba a amar igual. Y comenzaron los comentarios de los padres.

“La Anto me contó que...”, “la Jose me dijo que tu hijo le dijo que...” le comentaban a Jacque, por lo que acordó con el director una reunión de apoderados especial para ponerlos al tanto de la transición de género. “Necesitaba hablarlo con ellos porque hay cosas que no

entienden, las dudas estaban”, recuerda con voz entrecortada mientras dobla algunas prendas recién secadas.

Una citación extraordinaria sorprendió a los padres en las libretas de sus niños, y curiosos, asistieron todos. Jacqueline se encontraba frente a unos treinta apoderados, sola, pues Claudio se encontraba fuera de la región por trabajo. Finalmente, llegó el director. “Me preparé psicológicamente toda la semana para no llorar, ¿y qué fue lo primero que hice? Pues llorar, no pude evitarlo” cuenta, sonriendo. A medida que Jacque les explicaba a los demás que su hija era una niña trans llamada Violeta y que Gastón, el niño que todos conocieron ya no existía, el director manifestó su respaldo y total apoyo del colegio. “Sentí que con sus palabras no habría opción de que nadie se opusiera”, agrega Jacque, quien se iba sintiendo más segura de sí misma a medida que la reunión avanzaba. Hasta que alguien levantó la mano. “Va a queda la cagá”, pensó, y esperando lo peor, Jacque le cedió la palabra. Era una madre que había estado escuchando atentamente su relato, y que por lo que recuerda, no había hablado antes con ella. “Sentí miedo, ¿pero sabes? Ella dijo que me apoyaba. Y varias mamás empezaron a hacer lo mismo: me dijeron que me apoyaban y que ya sabían, porque sus hijas les habían contado”, relata.

A pesar de haber conversado antes con unos pocos apoderados, Jacque no imaginaba que todo saldría tan bien. Incluso, a la salida, la apoderada con la que menos simpatía se tenían con Jacque hizo de lado las diferencias para decirle lo valiente que fue y que, a pesar de todo, también la iba a respaldar. “A partir de ahí todos, compañeros de curso y apoderados, la empezaron a llamar Violeta. Incluso, si alguno se equivoca, otro le recuerda que es Violeta y no Facundo”.

Pero se acercaba el final del año, y con ello, la graduación de kínder. Violeta lo sabía, y preguntó a su madre si acaso iba a poder asistir vestida como una niña. Eso la tomó por sorpresa, como todas aquellas preguntas relacionadas a la transición que la ponían incómoda. Sin embargo, prometió que haría lo necesario para que así fuera.

Una de las apoderadas, que se desempeña como asistente social ayudó a Jacque a redactar una carta al director explicándole la circunstancia, recibiendo respuesta a los pocos días: el colegio autorizaba que Violeta asistiera a su ceremonia como una niña con una excepción: la de dejar el nombre original escrito en el diploma. “Lo siento, pero Violeta no existe en el marco legal, tenemos que ponerlo por Facundo”, se excusó el director, causando preocupación en Jacque. Cabe recordar que en la Ley de Identidad de género los niños y niñas menores de 14 años no pueden cambiar su nombre y sexo legal.

Pero a Violeta no le importó, porque en realidad, lo relevante sería que al fin vestiría como lo que realmente era, una niña, una que, como todos sabía (y así la llamaban), tenía por nombre Violeta Rosita. No sería como el 21 de mayo, donde Violeta participó de las actividades del colegio por el Combate Naval de Iquique vestido de terno, corbata roja, el lengüetazo de vaca en el pelo y unos guantes blancos, en semejanza a los soldados de la marina, la única prenda que compartían con sus compañeras.

“Fue súper lacrimógena la licenciatura”, se acuerda Jacque, “al final esto se transformó como en una meta como curso que pudiera ir como niña, porque tanto fue el apoyo de los apoderados...”. Todos fueron testigos de ver llegar a Violeta con su uniforme femenino: una larga capa de color burdeo, al igual que su corbata y su birrete con borla dorada, y lo más importante: su falda y sus chapas. Al subir al escenario, Jacque pudo sentir que no sólo ella estaba contenta, sino que todas y todos los presentes lo estaban. ¿Su prueba? Pues todos lloraban, porque sí se pudo.

### **Salud, el área más débil**

Muchos de los problemas que envuelven a la infancia trans, y por ende, también a los padres, no son siempre directamente discriminatorios. Lisete está consciente que existe mucho desconocimiento sobre el tema, lo que da paso a los niños y niñas queden vulnerables a cualquier tipo de prejuicio que los dañe. Y no sólo en el espectro social: en lo legal también. Está al tanto que la Ley de Identidad de género se encuentra vigente, pero que no obliga a ningún servicio privado a sujetarse de ella, lo que considera una vulneración de derechos. Asimismo, Lisete denuncia que en Calera no existe ningún centro donde se les brinde apoyo o atención. “Yo atiendo a mis hijos por el consultorio de Calera. Y me tocó ir a hablar con la asistente social para que llamaran a Lisa por su nombre social, y ella no tenía idea del LIG”, cuenta Lisete con evidente molestia. Según relata, aquella vez supo que nadie en el consultorio había recibido una capacitación sobre la nueva ley. Indignada, tomó los documentos que se habían recogido en la escuela y los entregó a un médico que ella conoce y trabaja ahí, en el consultorio de la población El Trigal.

Y es que, según Lisete, este es un problema de todos los consultorios de Calera. Afirma que no existen psicólogos especializados en infancia trans, al menos, en el sector público. Por esta razón tuvo que buscar un particular, una psicóloga amiga de Jacqueline. “Yo pude pagar eso, pero ¿qué pasa con los que no pueden? Toda esa gente queda como ‘chuta, que sea lo que Dios quiera’, y no corresponde”, asegura Lisete. Quizás por eso su idea de que exista un psicólogo por

comuna, y uno establecido en Quillota para todas las localidades cercanas que trate el tema trans, no suene tan descabellada pues anteriormente debía trasladarse hasta Valparaíso, al Policlínico de Identidad de Género del Hospital Carlos Van Buren. “Acá en Calera y en Quillota no hay nada, y eso que, a raíz de lo que pasó con mi hija, ha habido avistamiento de más niños que tal vez sean trans, y los papás no saben por dónde empezar. Hay poca ayuda, súper poca ayuda en los consultorios, que es donde debería haber más apoyo para las personas que están pasando por esto”, asegura Lisete, pues ella se ha visto en estas situaciones. La primera vez que visitó al psicólogo del consultorio para orientarse ante lo trans, el primer comentario del profesional fue “¿y cómo se te ocurre?”, con la idea de que el niño era muy pequeño para pensar que era trans, ya que según el profesional, era un tema que se veía en la adolescencia.

Si le han respetado el nombre social en el consultorio, ha sido por la buena voluntad de sus trabajadores más que por recordar la “Circular 21”, conducta de la que la madre de Lisete es testigo. “Mi mamá llevó a Lisa poco después de que comenzara su transición. Habló con las niñas e inmediatamente dejaron registrada en su ficha que era trans, pero no sabían nada”, recuerda.

En paralelo, en los centros de salud pública, cuando llamaban a Facundo y se acercaba más bien una niña, Jacque sentía el peso de las miradas sobre ellas. “Es como que dijeran ‘miren al bicho raro’, o ‘aquí está la mujer barbuda’, algo así”, cuenta. Ese problema le generaba una pena tremenda, pues “nadie quiere que a su hijo le miren de esa manera”.

Fue un día, después del colegio, que ambas fueron a una clínica privada. Para evitar problemas y terminar con los momentos de incomodidad y tristeza, dejó a su hija sentada, lejos, mientras se dispuso a conversar con la secretaria. Se saludaron, y Jacque le indicó que en la ficha aparecía su hijo Facundo Carvajal, pero que, por favor, la llamara por el nombre de Violeta. “¿Qué dice el carné?” preguntó la secretaria. “Dice Facundo”, le responde, “pero ella es transgénero”. Se negó. “Te lo estoy pidiendo como un favor”, insistió Jacque, “si no, te diría que Ley dice esto y esto otro”, añadió ella. La secretaria insiste en que no puede llamarla así. “Ok, no te preocupís” le dijo dando la media vuelta, evidentemente molesta.

“Entonces en vez de irme, me paré en la puerta de la consulta de la doctora, esperando. Mi plan era que cuando saliera y me viera (porque me conoce) y explicarle”, relata, a lo que la doctora le respondió “ay, esta hueona. Yo voy a hablar con ella, no te preocupís”, cerrándole un ojo. De ahí en adelante, Facundo sería llamado Violeta no sólo cada vez que indicaran su turno, sino también el personal la llama así al momento de comunicarse con Jacque para confirmar las horas.

De manera más reciente, Jacque explica que Violeta tuvo una alergia en la cara y que por esa razón la llevó al dermatólogo en una clínica. Hizo lo mismo que en el centro médico anterior, a lo que la secretaria, sorprendentemente, se mostró muy comprensiva y dijo que sí, la llamaría por Violeta. Pero cuando se acercaron ambas a pagar el bono, la mujer les pregunta “¿quién viene a la consulta?”. “Violeta Carvajal”, responde la madre. “Pero aquí dice Facundo”, les replica. “Le moví los ojos no más para que dejara de hablar tan fuerte, porque no quería que todos nos miraran, algo que ya estaba pasando en todo caso” relata. De un segundo a otro la secretaria recordó, y se deshizo en disculpas.

Pero ¿de qué manera el Estado se ha hecho cargo de este problema? En marzo del 2019 el Ministerio de Salud emitió un documento llamado “Orientaciones técnicas para actualizar o elaborar protocolo de trato y registro para personas trans, en el marco de la circular 21”, refiriéndose al documento de la misma cartera gubernamental firmado el 14 de junio de 2012, en la que se informa que: “los establecimientos de atención primaria y de especialidades que brinde atención de salud a una persona trans deben considerar siempre el uso de nombre social y el género (masculino o femenino) con el cual dicha persona se identifica (independiente del nombre legal)”.

Asimismo, en “Orientaciones...” una de las medidas es que “en la sala de espera, se debe llamar a todos (as) los (as) usuarios (as) por el nombre social o identitario con el cual la persona se siente identificada, evitando de esta forma llamar a la persona Trans por el nombre registral, que no corresponde a su identidad de género”. Otras medidas son consignar el nombre social de la persona en la ficha clínica, preguntar a la persona por cuál nombre desean ser tratadas, no realizar gestos o expresiones verbales que pudiesen afectar la dignidad de una persona trans y hasta preguntar, en caso de hospitalización, si se siente cómoda(o) en el sector designado.

No obstante, se pueden identificar dos problemas: el primero, que el documento menciona “personas trans” sin distinguir si este es un infante, adolescente o un adulto; y el segundo, que éstas instrucciones están dirigidas solamente a la red de salud pública. Del primer problema se puede deducir que al hablar de “personas trans” se refiere sólo a adultos. Esto porque el documento presenta una serie de tratados internacionales que sirven como antecedente para la creación de “Orientaciones...”, tales como la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Convención Internacional Relativa a la Represión de Trata de Blancas o la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia Contra la Mujer “Belem Do Pará”, pero no se nombra a la “Convención de los derechos del niño y de la niña”, del cual Chile es ratificado desde 1990. Con respecto al segundo punto, no existen antecedentes, ni documentos

o discusión al respecto, sobre cómo deben operar los centros de salud privados.

Para Armando la situación fue distinta. Tuvo la suerte de no sufrir con los episodios vinculados con el nombre de su hijo en los centros públicos de salud, gracias a que el nombre de ella se acomodaba perfectamente como “femenino”. Sin embargo, reconoce la complejidad que eso hubiese significado para él si la situación hubiese sido diferente. “Pero si yo me pongo en la otra situación, de la gran mayoría de los papás y mamás, claro que es complicado que la llamen como Miguel, Roberto o Juan, es penca po’, porque hay un no-reconocimiento para las personas trans, y eso cuesta aprenderlo, es súper importante que le respeten su espacio”, reconoce Armando, añadiendo que no es algo ajeno al funcionamiento cotidiano de la burocracia al interior de los centros públicos de salud.

Su experiencia en salud sufrió otro tipo de desafíos. Supo ya en la temprana adolescencia de Michel que, en algún minuto, iba a enfrentar una decisión crucial para la vida de su hija. La búsqueda por el reflejo de la identidad desde el cuerpo y la coherencia de esta con su identidad de género, que es tan importante como la aceptación social y el respaldo legal, es un proceso que puede tardar varios años y que no sólo involucra al cuerpo. Ahí, Michel tenía clarísima su película, porque se tomó todo muy en serio desde muy joven, “con bloqueadores, con esto... y lo otro. Y ella pasa por niña, se siente así, entonces yo a veces, conversando, le decía que tiene que tener claro que ella es *trans*, que es una niña *pero que es trans*, que tiene que tener esa claridad”, cuenta Armando. Y fue a través de esta búsqueda que se encontraron con Guillermo MacMillan, el doctor que desde 1976 ha realizado más de 200 ginecoplastías en el propio Hospital porteño, Carlos Van Buren, el primero del país donde se practicó este tipo de cirugía y donde su figura es reconocida como la de un santo y pionero.

Debido a la enorme cantidad de prejuicios y tabúes que pesaban sobre dicha intervención quirúrgica, plagada de mitos, el profesional venía practicando esta subespecialidad casi en la clandestinidad, pero pese a todas las restricciones involucradas en tiempos de dictadura, Guillermo MacMillan logró operar hasta diez pacientes al año, principalmente personas que no podían costearse una operación de esas dimensiones. Es por eso que ha desarrollado una enorme sensibilidad con las familias de los involucrados en este proceso, a quienes también se da el tiempo de guiar durante las sesiones previas a la intervención médica. La primera reunión de Armando con el doctor, fue en el mismo icónico Hospital de Valparaíso.

Antes de ir, ya había investigado sobre el doctor y algunos datos sobre la operación, calculando que todo el proceso duraba alrededor de dos a tres años, y debían tener una experiencia



de vida de por lo menos un año que acreditara que Michel “vivía con su sexo psíquico”. Esto porque el proceso de reasignación de sexo es definitivo y altamente riesgoso, lo que además demandaba una evaluación psiquiátrica. Sin lugar a dudas era la persona indicada, pensó Armando, pero la reacción de Michel superó aún más las expectativas. Ella tenía solo 18 años cuando fue a su primera cita con el doctor y abordó el tema desde el primer minuto, con total seguridad. “Nosotros vamos de comparsa y porque hay información que tenemos que tener...pero ella habla y habla que es transexual, y le explica al doctor todo sobre lo que siente, lo que quiere y se desenvuelve súper bien. Se maneja con el tema, porque siempre estuvo muy convencida”, asegura Armando. Esta seguridad contrastaba mucho con su relación entre sus pares. Michel no tenía muchos amigos, y rara vez invitaba alguien a la casa. Pero había veces que la invitan a algo, algún cumpleaños, pero tampoco fueron tantos, cuenta Armando, porque “los cabros a esa edad ya tienen pololas, pololos, y ella no. En el fondo, sé que eso es lo más complejo”. Este tipo de situaciones, por comunes que parezcan, adquieren otra importancia cuando el origen del problema es incierto. “En algún minuto, en una visita al psiquiatra, la diagnosticaron como asperger producto de ese hermetismo que ella había desarrollado en su entorno cercano. Pero, años después, un neurólogo descartó ese diagnóstico, y en el fondo uno pasa una cadena de falsos diagnósticos siempre asociados a la falta de un seguimiento psicológico, de algún especialista, algún profesional que esté asesorando constantemente los conflictos que uno no ve”, declara.

En esa época ningún programa del Estado lo asesoró, ni acompañó en la búsqueda de la información sobre las cirugías. Ni a él ni a Michel. No existían canales oficiales, por lo que toda la información e investigación fue producto de los círculos sociales de los que participó cuando comenzó a asistir a OTD. Esto es algo que recién este año dio luces de cambiar, con la entrada en vigencia del reglamento de la Ley de Identidad de Género. El programa de acompañamiento para NNA (Niños, niñas y adolescentes) trans y sus familias incorpora la orientación profesional multidisciplinaria para el acompañamiento psicológico y biopsicosocial, tanto para padres como para hijos, regulado por Ministerio de Salud y el Ministerio de Desarrollo Social.



### **CAPÍTULO 3. PADRES Y MADRES EN TRANSICIÓN: NUEVAS EXPERIENCIAS, NUEVOS DESAFÍOS**

Si bien es importante conocer los procesos de aprendizaje de los padres, y las problemáticas que surgen a raíz de la discriminación y de una institucionalidad poco moderna, también es relevante saber cómo ellos transformaron su cotidianeidad. En este sentido, en este capítulo se abordan las dificultades y los esfuerzos a los que se enfrentan padres y madres en sus dinámicas cotidianas de relación con el entorno, especialmente con otros padres.

Esto ha significado que algunos padres y madres busquen ayuda u orientación en fundaciones dedicadas a la infancia trans o en profesionales de la salud (sicólogos), a tomar una posición política frente a lo trans, a insertarse más profundamente a la comunidad de padres y madres de los barrios o del colegio, e incluso desafiar a amigos y familiares a cortar relaciones si es que no aceptan el nuevo género de sus hijos.

Por ejemplo, cada uno de los entrevistados tiene su opinión respecto a la Ley de Identidad de género, articulada en base sus vivencias con sus hijos y acorde a lo que han estudiado. Precisamente el ser parte de una realidad lejana a la norma ha facilitado el desarrollo de un cuestionamiento, en algunos, sobre si el Estado realmente garantiza el derecho de las personas trans, incluyendo el de los niños, lo que a la larga, permite verlos como sujetos políticos que nunca más deban ser invisibilizados.

En los relatos presentados los cambios en las dinámicas de relación son las consecuencias inminentes de niños en transformación, adultos en transformación, familias en transformación. Cambian percepciones, se deja de tolerar la intolerancia e incluso nacen nuevas metas y nuevos compromisos, de los que se hablará más adelante, pero que, en todo caso, se desarrollan gracias a la disposición de estos padres y madres por entablar comunicación, instancias de diálogo y aprendizaje, que van armándose lentamente y de manera colectiva con la participación de los más cercanos y de otros adultos, que sin tener hijos trans, comprenden y empatizan con ellos. Entre padres y madres se logran comprender.

#### **“Ya no somos los únicos”: compartiendo con organizaciones**

Paulina no hizo contacto con ninguna organización desde iniciada la transición de género

en su hija, a diferencia de Jacqueline, Lisete y Armando, este último miembro de la directiva de OTD. Para él, en un principio fue necesaria dar una intensa lucha contra sus prejuicios, actuando a ciegas al borde de un pozo de significados extraños. Para su suerte, los amigos gay de su hijo, hermano de Michel, eran un grupo mucho más familiarizado con “esa clase de temas”, como él le llama. A partir de esto, fue que pudo hacer su primer contacto con OTD, específicamente con Ximena, madre de Mitchel y presidenta de la organización en ese entonces.

Aceptando la invitación, junto con Marije y Michel, participaron de una exposición itinerante en Plaza de Armas, donde se mostraron fotos de personajes transexuales y relatos trans. Ahí Marije conoció a Selenna, “que tenía 5 años y tenía la película súper clara”, cuenta Armando con evidente emoción, y añade que “ella (Selenna) le había contado a la mamá que era niña a los cuatro años. Eso para nosotros fue un tremendo relato, y después de eso, empezamos a ir más seguido”.

Se acababa de discutir acerca de la patologización cuando escuchó la discusión política sobre qué se patologiza al hablar de lo trans. Estaba ahí, quizás, frente a una de las razones más claras de todas sus preocupaciones iniciales, y pudo entender también qué tabúes existen al hablar del cambio de nombre registral. Desde ahí, después de esos primeros encuentros, se cruzó con el proceso en que OTD se instalaba en Santiago. Encontraron sede ahí en Dominica con Pio Nono “en una casa verdecita, pintada así desde antes. Esta segunda casa quedaba cerca del cerro, cerca de una discoteca gay. Curiosamente el 2003 yo había trabajado ahí mismo, en otro proyecto con Ciudad Viva”, recuerda Armando.

La experiencia con OTD significó empezar a entender, desde la vivencia personal de otros padres, lo que es la identidad de género. En sus palabras, el sentarse y absorber distintos testimonios para llegar finalmente a algo tan complejo como la deconstrucción de lo binario, fue darse cuenta del lugar que como padre estaba ocupando en la formación de esta identidad y también de cómo él formó la propia. Esto le permitió tomar conciencia de los niveles culturales y sociales en los que opera el binarismo, pudiendo entender sus dimensiones e implicancias en la vida. “Es difícil creer que participas tan activamente en el desarrollo de su identidad sexual”, afirma Armando.

Lo mismo le ocurrió a Lisete, quien al principio sólo tenía como referencia su amiga Jacqueline y a su hija, Violeta. Encontró apoyo en la Fundación Renaciendo, la cual conoció a través del Programa Reparatorio en Maltrato (RPM) de Calera, servicio al que acudieron sus hijos, mediados por la escuela, tras quedar vulnerables por la separación de los padres. Allí supo

que en la fundación se brinda apoyo psicológico a los padres con psicólogos externos, el cual Lisete no aceptó, ya que el precio por sesión era más o menos lo mismo que cobra su psicóloga más cercana (además de no querer cortar el vínculo que Lisa ya estaba creando con la profesional). Sin embargo, sí se involucró con el grupo de padres que conforman la Fundación Renaciendo.

Mediante un grupo de Whatsapp de padres y madres de la quinta región, se organizan mensualmente para juntarse y compartir experiencias en lugares como Quilpué, Quillota, Valparaíso y Viña del Mar. Fue en este grupo donde Lisete encontró su apoyo más fuerte, al recibir consejo de otras madres, escuchando anécdotas y compartiendo información de interés. Recuerda que en la última sesión un juez fue invitado, quien explicó acerca del cambio legal de nombre. “A mí me encanta porque las mamás están más avanzadas con la transición de sus hijos, entonces en el proceso ayudan a otras, como yo, que estamos recién partiendo”, asegura Lisete.

A pesar de ir asistiendo cada vez menos a las reuniones, pues las últimas se han hecho en Quilpué y Lisete reconoce que le resulta complejo viajar sola con sus tres hijos a un lugar tan lejano, asegura que las juntas ayudaron a disipar aún más sus miedos, pues pasó de sentirse sola a ser parte de algo. Antes sentía que era la única madre “sufriendo” el proceso, pues al principio lo tomaba así, como un sufrimiento. Pero luego de escuchar otros testimonios se dio cuenta que la transición no era algo malo, y que era afortunada de vivir un proceso en donde no tuvo mayores problemas de violencia o discriminación, a diferencia de otros padres que, por ejemplo, relataban cómo sus hijos universitarios encontraban obstáculos en las universidades privadas para que les llamaran por su nombre social.

Jacqueline vivió el proceso mucho antes que Lisete, y al principio, no conocía ninguna organización que hiciera trabajo al respecto ni mucho menos a otros padres en la misma situación. Aparte, el médico que prometió contactarla con la supuesta fundación que estaba naciendo, hasta el día de esta entrevista, no lo ha hecho. Cuenta que sólo una vez fueron a la sede de la Fundación Senna, pero desistió de continuar yendo por falta de dinero que se requiere para viajar de ida y vuelta, para comer, entre otros gastos. Además, Santiago es una ciudad que Jacqueline siente como un lugar ajeno, y por lo mismo, no lo conoce y se pierde.

Violeta había comenzado hace poco su transición cuando Jacqueline supo de la fundación navegando por internet. Apenas tuvo un número llamó y habló con Evelyn Silva, su directora, con quien las conversaciones se extendieron por semanas. “Yo la tenía tapada en Whatsapps, y ella todo me respondía. Fue muy amable conmigo”, cuenta.

Aceptando la invitación de Evelyn, Jacque junto con Claudio y Violeta viajaron a Santiago. Estaban nerviosos, algo asustados, pues todo aún era nuevo para ellos. Pero una vez en la fundación, al ver a otros niños como Violeta, se relajaron, pues no eran los únicos. Ver a más padres y madres juntos a sus hijos e hijas trans compartiendo en un mismo espacio les hizo sentir como en casa, pues en palabras de Jacque, ya no eran “los raros”.

“Esa vez fue aliviador conversar con otros papás. Ya nadie me decía ‘no le aguantes’, ‘no lo dejes’ o ‘llévalo a otra sicóloga’”, recuerda. Saber que era parte de una comunidad le dio más aliento y más fortaleza a Jaqueline para dar cara a un proceso que poco a poco iba dejando de ser terreno desconocido.

\*\*\*

Después del traslado total a Santiago, Armando sintió una profunda deuda con OTD por todo lo que habían hecho por él y por todo lo aprendido. Junto con su esposa, pasaron a ser parte de muchos proyectos gráficos, aprovechando su vasta experiencia como diseñador. Con el tiempo, fue más allá y pasó a ser parte de la directiva, con un propósito en mente: la de fundar una revista. “No sabía cómo en ese minuto, pero yo podía hacerlo porque era diseñador y me dedicaba al tema. Y si teníamos que imprimirla, podíamos partir con fotocopias”, recuerda Armando. Así fue como comenzó a vincularse productivamente con otros padres y profesionales de OTD, invitándolos a compartir las experiencias de sus hijos para poder difundir a través de Letrans, construyendo un relato sobre lo que pasaba al interior de las discusiones políticas, sociales y personales de las familias.

Este paso implicaba hacerse cargo de vivencias invisibilizadas durante años por la prensa, lograr la comunión de distintos profesionales y que, la revista, debía ser capaz de mostrar en sus páginas cómo eran forzadas las personas a vivir dentro de un marco cultural que no reconoce su identidad de género ni respeta su autodeterminación. Era hacerse responsable por mostrar parte de los problemas que la comunidad trans tiene para obtener un empleo, acceder a la educación formal y a la atención en salud, e incluso para poder circular por la calle por el miedo a ser víctimas de agresiones verbales, físicas y simbólicas, cuya expresión más brutal es reflejado en el asesinato de mujeres trans debido a la transfobia. Sin embargo, Armando tenía la convicción de que muchas personas trans, en conjunto con su entorno, tenían la voluntad de hacerse visibles y organizarse por la dignificación y el empoderamiento de las personas trans.

Armando saca una revista del bolso y dice: “ya vamos en el número 4 de la Revista Letrans,

la primera revista trans que existe en Chile. Nunca se había hecho algo así”, comenta orgulloso de la iniciativa que nació como proyecto personal junto con un comité editorial dentro de OTD, en el rol de editor y productor de la revista. Después de la campaña en el metro “Identidades Diversas, Iguales Derechos”, que impulsaron desde Organizando Trans Diversidades en colaboración con la fotógrafa Paloma Gómez, se involucró aún más en materia. Cuenta que comprendió conceptualmente cómo funcionaba una campaña de esas características y cómo lo hacían desde un punto de vista político también, porque implica comprometer desde el concepto hasta la vivencia en una gráfica que fuera capaz de hacer sentir a otro padre, a otro par identificado. “OTD para mí fue vivir la inclusión, porque desde fuera uno solo la escucha y suena bonito participar, pero es muy distinto vivirla, estar ahí, sentir qué era lo que se vivía ahí, que las personas por distintas que fuesen, no era tema” sentencia.

## **La LIG y los padres**

La Ley de Identidad de Género, desde antes de su oficialización, ya generaba opiniones divididas en todos los chilenos, tanto de la comunidad LGBTI como la del resto de la población. Al mismo tiempo que se avanzaba lentamente en materia, el debate fue centrándose, silenciosamente, en quienes eran adultos. Varias organizaciones, como OTD, Movilh y Todo Mejora, entre otros, pusieron esfuerzos en apoyar la ley sin olvidar los menores de edad dentro de la legislación, cuyos opositores, que variaban entre partidos políticos conservadores, organizaciones liberales, grupos cristianos y civiles contrarios a lo que llaman “ideología de género”, finalmente lograron excluir a los menores de 14 años. La LIG fue una victoria a medias.

“En tanto, los considerandos contrarios se concentraron en el cambio de sexo registral para menores de edad puesto que varios senadores dejaron constancia de los estudios que revelan que entre el 80 y 95% de los casos de disforia que se producen en la niñez se superan en la adolescencia. Por otro lado, algunos parlamentarios como Durana y Ebensperger dejaron constancia de sus reservas de constitucionalidad por los alcances y consecuencias que tendría esta ley en otras legislaciones vigentes, tales como, el matrimonio civil, la filiación y derechos sucesorios. (Senado.cl, 4 septiembre 2018).

Dentro de este grupo de padres y madres, sólo uno, Armando, se ha visto envuelto en la participación directa con organizaciones y manejo del Ley de Identidad de Género. Para Jacqueline, por ejemplo, la ley tomó importancia justo en el momento que vio a su hija vestida por primera vez como una niña, y la apoyó completamente. Es decir, fue en ese momento que tomó el peso

de incluir a los menores de 14 en la ley. “Para nosotros no ha sido tan terrible como para otros trans. Tal vez por eso no lo veo como algo negativo, sólo esperamos nuestro momento”, asegura. Por otro lado, para Paulina la ley cobró importancia de manera anterior, ya que cuando Helena comenzó su transición, estando muy pequeña, el asunto del nombre era algo que ella resolvía sólo a “título personal”. En la calle tenía que llamarlo Facundo porque “Facundo estaba vestido de niña”, dándose cuenta que sería inevitable la necesidad del reconocimiento de un nombre social. Y aunque la ley no incluya a niñas, cree que de todas formas es un avance. “Por lo menos le da una visibilidad que antes no tenía, de pensar aunque sea, que estas personas existen, eso primero. Y evita perpetuar la discriminación hacia personas de esa forma”, asegura Paulina.

Para Armando el trabajo con OTD fue tomando cuerpo: el de una revista informativa con gran respaldo gráfico que fuera capaz de llegar a la población cisgénero, que desde su primer número enriqueció el valor del seguimiento sobre la Ley de Identidad de Género. Aquello, asegura, implicó entender no sólo de qué manera se involucra su vida personal, sino también cómo afectaba otras realidades con las que ya convive.

En el tercer volumen de la Revista Letrans, fechado en diciembre de 2017, Armando dedica un artículo a la discusión sobre Ley de Identidad de Género, que aún no estaba zanjada, en la que concluye: “Inicialmente, el proyecto pasa a su segundo trámite en la Cámara de Diputados con, a lo menos, dos tareas pendientes, de acuerdo a lo que el Ejecutivo y las organizaciones sociales esperan: inclusión de niñas y adolescentes y eliminación de certificados psiquiátricos para el cambio de nombre y sexo en los registros. Una ley que incorpore esas demandas será una ley que dignifique y otorgue igualdad de derechos. Es lo básico a que aspira la comunidad trans”.

Pero Lisete tiene una mirada distinta a la de Jacque, Armando y Paulina, y es que no está de acuerdo con que los niños y niñas cambien su nombre desde tan pequeños. Cree que es mejor esperar a que lleguen a la adolescencia, una vez hayan madurado y tengan realmente claro si quieren cambiar de nombre y sexo registral. “Yo no digo que vayan a cambiar de opinión, de que son trans. Pero sí siento que, si van a decidir, que sea de manera madura, porque uno puede apoyarlos en su cambio, pero el cambio de nombre son palabras mayores. Lo mismo con las operaciones, al cual soy más reacia. Sé que hay casos en donde los niños no la están pasando bien con su nombre o sus genitales, pero siento que los niños deben llegar a un mayor nivel de madurez emocional para tomar esas decisiones. La ley, por ahora, está bien, se nota el cambio”, afirma Lisete.

Al mismo tiempo siente molestia al saber que, a pesar de que en la escuela conocen a su

hija como Lisa, ella esté inscrita como Gastón. Pero para ella es un tema aparte. Por ejemplo, en su opinión, su hija debería figurar como Gastón a nivel administrativo, y como Lisa en el libro de clases. Ha pasado que, la profesora jefe, a raíz de esto, se ha confundido y llama a la niña por su nombre anterior, o recuerda que más de una vez, en la libreta de comunicaciones, se refieren a su hija por Gastón y no por Lisa. “Las he firmado y les tengo que poner una notita para que no la llamen por ese nombre, que la niña sabe leer y se puede sentir mal”, cuenta Lisete. “A lo mejor yo todavía tengo un tema con el cambio, así que quizás más adelante esté de acuerdo con el cambio legal. Pero por ahora, ese aspecto está bien”, agrega, sin dejar de insistir en que debe haber modificaciones para que en los servicios privados respeten el nombre social.

Antes de que Helena hiciera la transición, su nombre era Facundo y Paulina no podía llamarla de otra forma, porque ya habían acordado un nombre. “Entonces de verdad era complejo, ahí había veces que no quería decir su nombre y empezó a retraerse muchísimo en la calle. Las primeras veces que se vio enfrentada a tener que decir su nombre, vestida de niña y las veces en que yo le dije Facundo, fueron terribles”, recuerda Paulina con tristeza. En esos primeros encuentros con el vacío legal existente, que hasta el cambio de la ley permitía que un tercero se opusiera al cambio de nombre registral, percibió la necesidad de un reconocimiento. La discriminación ocurre de forma intencional o por omisión, cuando las autoridades, personas o funcionarios no consideran la existencia de personas trans y no generan formas de inclusión. Lo que a nivel institucional, se transforma en una violación de los derechos fundamentales.

Luego de innumerables retrasos por parte del Gobierno, en el cumplimiento de los plazos legales que el Congreso estableció, el día jueves 29 de agosto de 2019, el Diario Oficial hizo público al fin, el segundo reglamento sobre acompañamiento a niños, niñas y adolescentes (NNA) que se acojan a la Ley de Identidad de Género.

Con su publicación y toma de razón de la Contraloría, el reglamento que reconoce y da protección al derecho a la identidad de género se transformó en el último paso para que la Ley de Identidad de Género (LIG), que ingresó a una batalla campal en el Senado hace 6 años, en 2013, sea promulgada.

El objetivo del primer reglamento es establecer el procedimiento administrativo para acceder a la rectificación de la partida de nacimiento de una persona, mayor de 18 años y sin vínculo matrimonial vigente, en lo relativo a su sexo y nombre, para que sean coincidentes con la identidad de género que la persona decida. Haciendo presente que un nombre es algo más que lo meramente lingüístico, contiene en sí un peso legal, pero también simbólico, que distingue y



define fortuitamente, porque se asigna y no es elegido. Actúa como una forma de grabar nuestra pertenencia en la sociedad y dejar parte de nuestra materialidad en la memoria, con el poder de evocarnos incluso después de la vida, porque es aquello que dejamos al morir.

Indica además, que cualquier persona mayor de 18 años de edad y sin vínculo matrimonial vigente podrá solicitar la rectificación de su partida de nacimiento hasta dos veces, respecto del sexo y nombre para que sean coincidentes con su identidad de género.

El segundo reglamento, trata de una orientación multidisciplinaria, que cuenta con asesoramiento psicológico y biopsicosocial, para una comprensión integral del desarrollo de la identidad de los NNA, que considere entregar toda esta información a la familia y su entorno. Con esto, ellos podrán acceder a programas de acompañamiento con profesionales de diversas áreas, a través de sesiones que deben darse de manera regular. Además, considera la acogida y contención, basados en brindar un espacio profesional de escucha atenta y apoyo emocional y cognitivo al niño, niña o adolescente y su familia.

### **Los sueños y la opinión de los demás**

Que Jacqueline no haya conversado con su hija acerca del cambio de nombre (o de sexo) legal no quiere decir que no lo haya hecho con Claudio. Pero sí, lo han conversado, y explica que, si bien la mayoría de los padres ahorran para los estudios de sus hijos, ellos ahorran para los trámites del cambio de nombre, y si Violeta lo desea, del cambio de sexo, más adelante.

Lisete también se ha puesto en un escenario futuro en el que su hija quiera cambiar su nombre, y no tiene reparos en aceptar que aquello es decisión de Lisa, y lo mismo si conforme al desarrollo de su cuerpo quiera comenzar un tratamiento hormonal. Por eso se ha informado: “En caso de, tengo que llevarla donde un endocrinólogo para un control hormonal y para ver el crecimiento de sus genitales. En base a eso, se ve cuando colocarle una inyección. No sé cuántas son o en qué dosis, pero hay una que detiene su desarrollo. Eso es hasta los 14 años. Ahí recién puede haber una intervención con hormonas” explica la tía Lisete. Todo queda en manos de Lisa, quien ya tiene las cosas claras a sus cortos 8 años.

Una vez, con absoluta franqueza, la niña le contó a Lisete que sabía que no podría ser mamá. “Puedes ser mamá, pero no va a nacer de tu cuerpo, porque tu cuerpo es distinto. Hay mujeres con útero y hay otras mujeres tú, trans, que no lo tienen” le respondió. Lisete recuerda



otra ocasión en que le preguntó si sus pechos crecerían, a lo que respondió que sí, que le podían crecer un poco con las hormonas. “ah, no importa”, respondió Lisa, “pero ¿podré usar sostén?”. La sinceridad de Lisete es un punto fuerte a la hora de explicarle cosas a su hija, quien le habla “como corresponde: sin disfrazar nada”.

La decisión de Jacque llama la atención de cualquiera por lo peculiar que resulta ser, y ella lo sabe, pues así ha sido desde el principio. Cuenta que cuando Violeta comenzó la transición, muchos le comentaron que ya se lo habían imaginado, que se notaba. Al mismo tiempo recibió mucho apoyo de sus amigos más cercanos y de los apoderados del curso, mientras que otros adultos se le han acercado para preguntarle qué es ser transgénero. “¿De qué se trata?” o “¿Y cómo te diste cuenta?” son las preguntas más comunes que Jacque ha tenido que contestar, siempre con paciencia y buena disposición. “Todos tienen curiosidad, pero mala onda, ninguno. Y me parece lógico, porque si yo hubiese estado en su posición, también hubiese preguntado de qué se trata, porque hay que entenderlo”, comenta.

En la misma línea, Lisete nunca olvida cuando una de sus compañeras de trabajo, Martita como le dicen, le preguntaba hasta cuatro veces en el día si ella estaba segura de apoyar a su hija con la transición de género, algo que se volvió cotidiano. Aquella costumbre fue apagándose, en gran parte, porque Lisete siempre estaba dispuesta a responder con calma y mucha convicción. También recuerda que, en una de sus primeras conversaciones con la profesora de Lisa, esta le preguntó si acaso habrán abusado de la niña, y que quizás aquello respondiera a la necesidad del cambio de género. Lisete respondía que no. Durante la conversación, al igual que su colega, la profesora embistió reiteradas veces con el clásico “pero ¿estás segura?”. “Se me erizó hasta el último pelo cuando la profesora me preguntó si habían abusado de mi hija. Tuve que decirle que no varias veces, hasta que le dije ‘No tía, yo cuido bien a mis hijos, y tengo total seguridad’. Ahí se pegó la escurrida de que me estaba molestando, y aunque aún no entiende, dejó de preguntar”, relata Lisete. Resulta casi una sorpresa que hasta el día de hoy, exista la creencia que un abuso infantil esté detrás de una orientación sexual, como la homosexualidad, o la elección de un género distinto, una creencia muy popular en los años 80 y 90 en nuestro país.

En el caso de Jacqueline, gracias a su temple, a su hambre de conocimiento y, por sobre todo, por el amor a su hija, es que ha podido explicarle a otros adultos en qué consiste ser transgénero. Confiesa que a algunos les ilustra de manera superficial, pero a otros, más cercanos, lo ha hecho con detalle al punto de surgir conversaciones profundas. Esas charlas se han repetido, y cada vez con nuevas preguntas que Jacque ha ido resolviendo con estoicismo y cuidando de sus palabras, porque reconoce no ser una experta. Afortunadamente, la única dificultad que ha tenido

que enfrentar en estas conversaciones es el miedo a la reacción de la otra persona al conversar sobre Violeta, lo que se han limitado sólo a caras o gestos de sorpresa. “Quedan para adentro. Se me ocurre que llegan apuraditos a googlear”, dice, risueña.

Lisete entiende que exista tanto desconocimiento, y ha podido ser testigo de cómo a través de las conversaciones con ella, más la convivencia con su hija, quienes más podían presentar prejuicios han ido comprendiendo y aceptando que Lisa es una niña. Pasa con la profesora, por ejemplo, quien es una mujer de 60 años y que Lisete caracteriza con una “mentalidad antigua” y de fe evangélica, por lo que no se deja llevar por la rabia o pena que pueden generar ciertas preguntas. Lo que es relevante para Lisete no es finamente que comprendan todo, sino que simplemente respeten a su hija. “Me da rabia cuando hay tanta ignorancia, o sea, no podí decir que te violaron o la abusaron y por eso es así, es prehistórico pensar de esa manera. Entonces me dio rabia cuando la profesora me lo dijo, pero me comporté a la altura y sólo le dije que no, que no había sido así”, cuenta Lisete.

Por eso, la “tía Lisete” de la escuela Gabriela Mistral concluye que las dificultades para los adultos por entender lo trans, sobre todo en niños, tiene que ver con la educación que han recibido en sus hogares. “La gente está criada para pensar en que la gente es hombre o mujer, no hay término medio”, asegura, y agrega que lo mismo pasa al hablar sobre niños, que son vistos como seres sin derecho a pensar, incapaces de tomar decisiones y formarse una opinión. Lo vivió cuando les contaba a los demás que su hija había escogido su propio nombre, y la respuesta era un “¿y ella lo eligió? ¿Y por qué?”, llenas de sorpresa. Por eso Lisete cree que “a la gente no les parece el hecho de que un niño sea parte de las decisiones del hogar. Creen que todo debe verse en la adolescencia, con el despertar del deseo sexual. Mezclan la cuestión de género con el deseo sexual, y te dicen cosas como ‘pero si es tan chiquitito, ¿cómo va a saber eso?’, pero no entienden que es una cuestión de cómo se percibe, de cómo se siente, de cómo ella se ve a sí misma”.

Pero Lisete reconoce que ella también, en algún momento, fue parte de ese desconocimiento. Sólo por su hija comenzó a estudiar y llegó a saber qué era el “cisgénero”, neologismo que da cuenta de la concordancia del género y del sexo en una persona, no así el “trans género”, que quiere decir “más allá de”: o sea, la discordancia entre el género de la persona y su sexo. “Yo soy cisgénero porque soy mujer y exhibo un perfil más femenino, lo que no pasa con los trans. Pasa por ejemplo, que en el colegio no saben estos términos, incluso no cachan la diferencia entre ser heterosexual y homosexual, entonces escuchan la palabra “homo” o “hetero” y se molestan. Cuando escuchan “homo” creen que es algo malo”, explica Lisete.

Tanto ella como Jacque afirman vivir el día a día con sus hijas, por lo que no se hacen expectativas de nada. Mientras van aprendiendo juntas, para las madre lo que importa es que sus hijas formen su propio camino “porque es su vida, no la mía”, concluyen.

Armando asegura estar feliz de haber sido parte de un proceso que lo hizo aprender y conocer de la diversidad, de poder transmitir su mensaje después de vivir toda una transición con su hijo: acabar trabajando con una organización dedicada a cambiar las condiciones de desigualdad que enfrentan las disidencias, aportando desde su expertise en la batalla por la Ley de Identidad de Género y traduciendo un mensaje de inclusión en una campaña de sensibilización sobre el tema, entre quienes no saben cómo abordar la sexualidad lejos del binarismo. Además, sostiene haber logrado una conexión especial con su familia a partir de espacios en los que otros no suelen relacionarse, cuestionando cada uno de los roles previamente inculcados, portando una bandera de lucha, cargando un objetivo común que llega a otros padres, perdidos o atrapados por sus prejuicios.

## EPÍLOGO

### **La ignorancia se combate educando**

La ley de Identidad de Género, luego de sufrir retrasos por parte del Gobierno actual del presidente Sebastián Piñera en relación a los reglamentos, y luego de la Toma de Razón por parte de Contraloría, finalmente entrará en vigencia el 27 de diciembre de 2019, y será la encargada de regular todos los programas de acompañamiento y los procedimientos de rectificación de partida de nacimiento cuando la identidad de género no concuerde con el nombre y sexo de las personas que quieran solicitar estos trámites. Pero aún existen diversas definiciones que no se hacen cargo de la integridad de las personas trans en sus espacios de trabajo, como la debida protección a la libertad, vida privada y dignidad de las personas trans al interior de los puestos laborales.

La llegada de la Ley implica que los espacios en los que se desarrolla la vida cotidiana de las personas trans puedan reorganizarse en función de las necesidades que fundaron la Ley. Sin embargo, esta no contempla definiciones mínimas que permitan resguardar la integridad de las personas trans y el respeto a sus derechos al interior de sus espacios de trabajo, centros de salud, centros penitenciarios, etc. Con esto hablamos de capacitaciones, cambios en la estructura de los baños, seguridades contractuales, acompañamiento de los procedimientos en los cambios de nombre registral, protocolos de registros corporales, garantías sobre los exámenes y tratamientos específicos de la comunidad trans, herramientas que permitan a las personas acceder a procesos de reinserción social realmente efectivos, entre otros tantos...

El entorno descrito, tiene como consecuencia el origen de las problemáticas que han abordado las familias que enfrentan la transición sus hijos, donde si bien la ley llega a facilitar los derechos de las personas trans, es de un pequeño grupo entre los 14 y los 18 años, pero la infancia trans aún no asoma entre sus acápites. Hay muchos niños, niñas y adolescentes que, antes de llegar a los 14 años, ya han intentado cometer un suicidio porque el medio donde se desenvuelven los frustra, los discrimina y limita todas sus formas de llevar una vida de manera natural.

En este sentido, una de las aristas más relevantes para el cambio de paradigma a nivel institucional, pensando en la niñez, comienza en la educación. Es en este territorio donde algunos han intentado levantar prácticas educativas orientadas a la comunidad trans con herramientas de trabajo que intentan salir de la competitividad y exitismo que inunda un sistema educativo hostil para los niños trans. Para desde allí poder tener un sistema educativo más amigable, más

emocional, pero sobretodo más inclusivo.

Es 2018, y al momento de esta entrevista, Berni afirma siempre haberse sentido Berni. Distingue su extenso cuello entre su brillante melena, una que consiguió portar con orgullo con el pasar de los años. No es su intención discutir si la esencia de lo trans reside en el nombre o no, pero al pasar a llamarse Bernarda, reconoce que sintió cómo los cimientos de su estructura, tanto personal como familiar, fueron removidos y se abrió un camino a una relación distinta, mucho mejor. Se sintió libre cuando finalmente había dejado de interpretar un personaje que pertenecía a otra historia, uno ficticio hecho para su entorno.

Bernarda Lagos Farfán, Berni como la llaman, tiene 24 años, es estudiante de cuarto año de ingeniería en física en la Universidad de Santiago de Chile (USACH) y también es profesora en la Escuela Amaranta Gómez, en Ñuñoa. Un lugar, en palabras de Berni, donde les niñas trans pueden vivir su transición como les da la gana, al alero de una comunidad que entiende los procesos que están viviendo. “Porque no hay una única manera de hacerlo”, explica.

Oriunda de La Cisterna, ha vivido allí toda su vida junto a sus padres y abuelos en un ambiente de sana comunicación y buenas relaciones en general, un barrio amable. Pero no siempre fue así. A pesar de que nunca tuvo problemas con ellos a raíz de su identidad de género, una intensa depresión durante su adolescencia gatilló en ella una serie de trastornos emocionales e inseguridades, que derivaron en una convivencia caótica con su familia. No sabe bien por qué, si por el contexto social de la época o las relaciones al interior de su familia, pero no sentía confianza para contarle sus problemas a sus padres.

Todo cambió hace cinco años, cuando les confesó que era trans. “Fue como contarles todo, porque no era sólo decirles ‘soy trans’. Fue también decirles: me siento mal por esto, siento aquello. Sentí un montón de cosas por’, un montón de cosas que arrastré y callé siempre”, cuenta Berni.

Se ve a sí misma como “esos casos extraños, en que el 90% del círculo social, familia, amigos, universidad, se lo tomó súper bien”, explica, y cree que tuvo suerte debido a dos cosas: su carrera científica en una universidad donde, según afirma, da lo mismo la orientación sexual, la identidad de género o cómo vayas vestido; y, por otra parte, sus padres, que se lo tomaron con una inusual naturalidad. La noticia en su familia no tuvo mayores repercusiones, ni efectos negativos para ella. Berni cuenta que sus padres nunca tuvieron “planes” para ella, ya que el

único objetivo siempre fue que Berni llegara a ser profesional, porque ninguno de los dos lo era y consideraban que era la única herramienta que podían brindarle. Pero en esta historia, solo un tío mostró algo de resistencia, algo que Berni comprendió como algo que sólo fue por miedo a que ella se arrepintiera producto de una confusión, una realidad que no es menos común en las familias.

Hace cuatro años se reconoció como persona trans, solo cuando descubrió la palabra “trans”. No pudo reconocerse antes, porque nunca tuvo término alguno para denominar el lugar que la identificaba, porque lo trans no tenía nombre, llevándola a ocultar su identidad de género, pensando que era algo malo. Hasta que llegó a Internet. Navegando por las redes comenzó a descubrir videos de gente trans en tratamiento hormonal, documentando sus cambios físicos. “Oh, este niño es niña. “¿Qué hizo?” me preguntaba, y ahí caché que existía la gente trans. Y fue así como un mundo nuevo, pero todo por internet”, cuenta Berni entre risas.

Entre los siete y los ocho años, Berni se dio cuenta que su género asignado no correspondía con el que se identificaba, una aproximación áspera a la sexualidad. Veía a sus amigas y cómo desarrollaban sus pechos y usaban sostenes. “Bah, ¿y yo? no tengo. Tengo esa cosa ahí entre las piernas, qué onda”, relata. A los 12 años se dió cuenta de las marcadas diferencias sociales que tiene el género, las que veía seguido en su familia (machista y homofóbica hasta cierto punto, según ella) y en su colegio, un centro educacional católico.

Fue entonces cuando comenzó a percibir el trato diferenciado y las expectativas que ponían, entonces, en él. “Siempre fui súper consciente de los privilegios de ser hombre y me cargaba. Yo sentía que no quería eso por dos motivos: no me identificaba como hombre, entonces no quería esos ‘privilegios’, y otro porque no me gustaba eso de que un género tuviera algo que el otro no”, revela, y cuenta que ahí surgió lo que ella llama “su personaje”, una armadura diseñada para enfrentar las expectativas.

No fueron las etiquetas las que comenzaron a generar un problema al interior de Berni, ni tampoco la forma de expresarse, como pintarse las uñas, dejarse el pelo largo y usar la ropa apretada, pues ella se daba la licencia de hacerlo camuflada en las tribus urbanas de su tiempo, a las que pertenecía; sino más bien era el trato social lo que la inquietaba. Se fijaba en cómo el mundo trataba a sus amigas de manera distinta que a sus amigos, y cómo luego esas actitudes las replicaban. Además, algo hacía ruido en su cabeza y detonaba dudas. “Si alguien mira cómo yo era antes, en mi etapa escolar, habría dicho “ah, es como gay”, dispara Berni, pues cuenta que siempre sintió atracción por las mujeres. Eso generó una disputa en su interior, porque a pesar de saberse, en ese momento, “un

hombre afeminado” como lo llama y solían llamarlo todos, no le gustaban los hombres, por lo que nunca pudo identificarse como hetero tampoco. El mapa era tan corto, que continentes completos de significado estaban en el más completo oscurantismo, la sexualidad geográfica se reducía a dos polos exactos y bien delineados, con límites arbitrarios en los que no se hallaba.

Y en este espacio oscuro del mundo, aunque cercanos la querían y aceptaban, Berni era consciente de que la hostilidad existía y que ésta provenía de los adultos: “Para mis compañeros de curso, incluso de colegio, más lejanos por así decirlo, yo era así no más po’. Quizás era el hueón afeminado, el hueón raro, pero no era más que eso. Compartía con ellos, carreteábamos, jugábamos, hablábamos, sin problemas. Pero sí, eran los adultos del colegio los que molestaban”, puntualiza Berni. Frases como “los hombres no tienen las uñas largas”, “córtate ese pelo”, “no te podís comprar ropa de mujer” o “esos pantalones no son de hombre” se volvieron cotidianas en el colegio y los apoderados se sentían con la libertad de opinar sobre las vestimentas adecuadas para sus hijos, según su género.

Y fue así como en una coincidencia del destino, Berni terminó ejerciendo como profesora. Una historia que no podría menos que cargar de vocación su trabajo actual, empeñada en recuperar este espacio para les niñes, un territorio de desamparo para almas inocentes que añoran explicaciones, identidad y cariño. La Escuela Amaranta Gómez inició, de manera muy ingenua según Berni, impartiendo los cuatro ramos necesarios para que sus alumnos rindieran exámenes libres: historia, lenguaje, matemática y ciencias, destinando un día para cada materia. Pero comenzaron a darse cuenta de los primeros errores: en un principio olvidaron inglés, y luego, se dieron cuenta que su rol no estaba solamente ahí en dar clases. Ellos, como institución, debían velar por la relación de los hijos y sus padres, de la adaptación de los niñes a un medio hostil e ignorante, pero también por palear todas las deficiencias educativas con las que los pequeños cargaban: padres ausentes, familias violentas, entre tantas otras...

Ella comenzó como profesora de la escuela cuando salió de lo que llama el “clóset trans”. Buscando redes y organizaciones, junto con su mamá, conocieron a Evelyn Silva en la época en que trabajaba para Fundación Transitar. “Y con la Eve caché que iba a nacer la escuela. Y fue como ¡oh! ¿Necesitan un profe para física, pa’ mate?” y me dijo que sí, justo le faltaba pa’ mate. Y así llegué”, recuerda Berni.

En la Escuela, que lleva el nombre de la activista mexicana *muxhe* (tercer sexo, o trans en la cultura zapoteca), se respira diversidad, y en todo ámbito. Por ejemplo, Berni cuenta que hay una profesora trans que imparte clases de historia, y otra profesora, que es cristiana y participa

en la Iglesia, que conoció a Evelyn y a Ximena (miembro de Fundación Selenna y madre de una niña que estudia en la Escuela) en un taller de género, lo que le causa una mezcla de gracia y extrañeza. Pero en todo caso, según Berni, a todos los une la inconformidad del sistema educacional tradicional, donde no se le puede dedicar el tiempo necesario a todos los alumnos, donde no hay recursos, donde a los profesores y profesoras no se les permite innovar, y que llegan a la escuela, en parte, por esa desilusión.

En su rol de educadora, Berni no sólo está en constante contacto con los niños, sino que también con sus padres, y en ellos ve uno de los principales problemas de la infancia trans: la victimización. Esto quiere decir que los padres, ante cualquier situación donde se ve comprometido el bienestar de su hijo, creen que les sucede por ser trans. Berni explica que hay otros problemas que afectan a los niños, como una familia disfuncional, una familia abusadora, acoso escolar, entre otros, y que, en su opinión, son transversales a cualquier infancia y que tienen que ver con cómo es la sociedad hoy. “A veces los niños tienen la película súper clara y están súper bien, y el problema son los papás. Les dicen ‘tú vas a tener problemas aquí porque eres trans, así que es mejor ocultarlo’ o que, como les dicen siempre, ‘que pases piola’”. Entonces el problema es la victimización de parte de los padres, porque con eso transmites un montón de miedo, estereotipos e inseguridades a los niños y eso les hace pésimo”, afirma.

La mayoría del tiempo, los padres se muestran reticentes al tema de la victimización, en cuanto a comprender que deben dejar de asociar lo trans a la lástima por sus hijos. Es algo que Berni logra comprender, pero no comparte. “Tú lo querés proteger de un colegio que no lo respetó, que lo trató mal. Lo quieres proteger de una sociedad que hace lo mismo”, comenta, pero agregando que a los padres les cuesta entender que, si un niño no tiene ganas de ir al colegio, es porque es un niño y tiene las mismas ganas de quedarse en la casa que cualquier otro, y por un montón de otras cosas que trascienden lo trans.

Por eso, para Berni, a veces, no es tan fácil relacionarse con los padres. Asimismo, confiesa que como adulta trans, le frustra que muchos adultos no entiendan cosas que son tan básicas para ella, como los conceptos de sexualidad, de género, o ser “cis”. “Con suerte saben de sexualidad”, detalla, pero reconoce que no los puede culpar, porque si ya están en la Escuela, es porque quieren hacer algo al respecto y quieren enfrentar dicho conocimiento. Y como la idea de la fundación es siempre educar, “hay que tener paciencia, porque cada uno entiende a su propio ritmo”, asegura Berni.

Otro problema que ella identifica es explicarles a los padres qué significa ser trans, por los



sesgos y prejuicios que pueden tener. Para Berni la ignorancia se combate educando, pero el problema es cuando la persona no quiere ser educada, asevera, ya que por mucho que explique qué es ser trans, ha lidiado con padres que confunden la palabra con conceptos ligados a la orientación sexual. “¿Entonces no es gay? ¿No es lesbiana?” son preguntas recurrentes. Pero Berni afirma que los padres entienden, que les cuesta, les complica, hasta se molestan, pero entienden, porque aceptan que no podrán cambiarlo.

Ya en casos más extremos, ella cree no hay posibilidad de diálogo, menos de aprendizaje, cuando las personas llegan con prejuicios internalizados sin la intención de quitarlos. “En todo este tiempo me he dado cuenta de un montón de prejuicios que yo tenía: homofóbicos, transfóbicos, racistas incluso. Y es como ¡chuta! no me había dado cuenta de que estaba pensando así, que mal, voy a estar consciente de pa’ dejar de pensarlo, pa’ dejar de hacerlo. Pero cuando no está esa intención, es cuando cuesta”, manifiesta a modo de observación.

Pero, a pesar de ver cómo los padres se presentan a la Escuela, no tanto por las intenciones de entender el mundo que sus hijes trans están construyendo, sí observa que acuden con el propósito de que sus hijes sean felices. No es tan malo después de todo, reflexiona, porque sabe que, en algún momento, los caminos se cruzan. La idea de ellos no es aprender de género y todo lo que implica, pero si quieren que su hije sea feliz, entonces terminarán educándose por ellos. Entonces, de cierta manera, es transmutar objetivos, llevarlos a otro plano y hacerles entender que no es culpa de ellos, que no es una consecuencia de sus actos.

De los que llegan, algunos saben más que otros. Los que son parte de Fundación, cuenta Berni, comprenden un poco más sobre los géneros y qué es ser trans. Pero también existen padres que no entienden, que no saben qué hacer. Algunos están desesperados porque lo han pasado pésimo en colegios donde los han discriminado a ellos y a sus hijes.

La mayoría no ha mostrado interés en la Ley de Identidad de Género, aunque Berni cuenta que se les explicó que, hasta hace un año (2017), la ley contemplaba un trámite administrativo para los mayores de 14 años, mientras que para los menores el procedimiento sería de corte legal que requeriría talleres de habilidades parentales y paliación psicológica. “Un drama”, se lamenta. Berni comenta que los padres no saben nada más y que tampoco se interesan.

Sin embargo, la mayoría de los padres cambia de parecer y va eliminando prejuicios con el tiempo gracias a labor del trabajador social. Para Berni, lo que triunfa finalmente es el compromiso de los padres por aprender y comprender, procurando lo mejor para su hije, es un

ejercicio tanto para el pequeño/a, como para el padre/madre.

## BIBLIOGRAFÍA

- CÁMARA DE DIPUTADOS DEL CONGRESO NACIONAL. Primer informe de comisión de Derechos Humanos, Nacionalidad y Ciudadanía (Segundo trámite constitucional C.Diputados de LIG). 2018.
- FUNDACIÓN IGUALES, ORGANIZACIÓN TRANS DIVERSIDADES CHILE. Encuesta Nacional Trans “Encuesta T”. 2017.
- FUNDACIÓN TODO MEJORA. Encuesta Nacional de Clima escolar 2016. 2016.
- COMISIÓN INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS. (2014). Discurso en el Día Internacional de la Memoria Trans, la CIDH expresa su preocupación por la situación de las Personas Trans en América [comunicado de prensa]
- MINISTERIO DE SALUD. Encuesta Nacional de Salud 2016 - 2017. 2017a. Orientaciones para la inclusión de las personas lesbianas, gays, bisexuales, trans e intersex en el sistema. 2017b.
- MINISTERIO DE SALUD. Orientaciones técnicas para actualizar o elaborar protocolo de trato y registro para personas trans, en el marco de la Circular N° 21. 2019.
- MOVIMIENTO DE INTEGRACIÓN Y LIBERACIÓN HOMOSEXUAL (MOVILH). XVI Informe anual de Derechos Humanos. Diversidad sexual y de género en Chile. 2018.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) DE CHILE, CONSEJO DE LA INFANCIA. Encuesta de desarrollo humano en niños, niñas y adolescentes. 2018.
- ROBERT W. BLOOM ET AL. It Begins at 10: How Gender Expectations Shape Early Adolescence Around the World. Publicado en Journal of Adolescents health, 2017.
- RUSELL B. TOOMEY ET AL. Transgender Adolescent Suicide Behavior. Publicado en revista médica Pediatrics, 2018.
- SENADO.CL. Ley 21120 que reconoce y da protección al derecho y a la identidad de género (Ley de Identidad de Género, LIG).
- STEPHEN T. RUSSELL ET AL. Chosen Name Use Is Linked to Reduced Depressive Symptoms, Suicidal Ideation, and Suicidal Behavior Among Transgender Youth. Journal of Adolescents health. Publicado en Journal of adolescent health. 2018.

## ANEXOS

CONCEPTO	DEFINICIÓN
Género	Construcción cultural que asigna, en ámbito público y privado, formas de comportamiento y de roles a las mujeres y los hombres sobre la base de su diferenciación sexual (Definición de la OMS).
Identidad de género	Sensación interna del individuo (no visible a otros), de ser hombre o mujer.
Variantes de género	Individuo con expresión de género que difiere de las expectativas sociales relacionadas con el género asignado.
Transgénero	Identidad, expresión y conducta de género difiere del género asignado al nacer.
Cisgénero	Identidad, expresión y conducta de género concordante con el género asignado al nacer.
Género no binario	Disconformidad con cualquiera de las dos formas clásicas de género (hombre-mujer).
Hombre transgénero	Persona con características sexuales femeninas, identificada como mujer al nacer, que ahora se siente hombre.
Mujer transgénero	Persona con características sexuales masculinas, identificada como hombre al nacer, que ahora se siente mujer.
Disforia de género/ Desorden de identidad de género	Término usado en DSM-V y CIE-10 respectivamente, para describir condiciones por las cuales la no conformidad de género provoca distrés, estrés o malestar clínicamente significativo.
Transición	Tiempo a través del cual la persona comienza a vivir con un género con el que se identifica, más que con el género asignado al nacer.
Experiencia en vida real	Adopción por completo del rol de género al cual se adecúa la persona. Es necesaria esta fase antes de los procesos de hormonación y posterior readecuación corporal quirúrgica.
Drag queen	Hombre que se viste de mujer, generalmente con el fin de entretención o performance.

<b>Drag king</b>	<b>Mujer que se viste de hombre, generalmente con el fin de entretenimiento o performance.</b>
<b>Transexual</b>	<b>Usado habitualmente como sinónimo de transgénero. Sin embargo, en algunas publicaciones es utilizado para diferenciar a las personas transgénero que ya se sometieron a procesos de readecuación quirúrgica sexual.</b>
<b>Travestismo</b>	<b>Incursión temporal en la indumentaria o accesorios del sexo opuesto con el fin de lograr excitación y placer sexual. Se considera una parafilia.</b>
<b>NNA</b>	<b>Niños, niñas y adolescentes</b>
<b>LIG</b>	<b>Ley de Identidad de Género</b>



Prof. Pascale Bonnefoy  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "MI HIJE TRANS" de el/la estudiante **Alejandro Cárcamo O. y Matías Lucero**, en la categoría Crónica Periodística:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	<b>Pertinencia y perspectiva</b>	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2	<b>Reporteo y técnicas periodísticas</b>	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3	<b>Estructura</b>	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4	<b>Narrativa y estilo</b>	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	7,0	2,5
1.3	6,6	1,7
1.4	6,4	1,9
<b>Nota Final</b>		<b>6,7</b>

## COMENTARIO

El presente texto aborda los relatos de madres y un padre sobre los procesos de transición de género de sus hijos, a través de una excelente investigación que exhibe una sólida capacidad de observación, gran sensibilidad y empatía.

Cediendo la voz a los adultos e internándose casi en la corriente de sus consciencias de una forma profunda y humana. Con estas características el autor construye una crónica que nos lleva velozmente a los mundos recreados, introduciéndonos en los procesos vividos casi como un/a familiar más.



Pese a que los adultos llevan la voz, sus hijos son protagonistas a través de sus relatos, constituyéndose así en el foco central del proceso. Lo anterior hace evidente que la disforia de género y la transición son procesos afrontados no solamente por los menores sino que por el núcleo familiar y su entorno social.

Ese punto es central en el presente trabajo y en ese sentido, consigue su objetivo de crear conciencia sin caer en el adulto centrismo. También, es destacable que la investigación y el texto recoge historias descentralizadas lo que desmonta estereotipos e incluye al resto del país como protagonista en los procesos que aborda.

Con un estilo ágil, ameno y una estructura coral que alterna con información relevante y acotada sobre el tema, el texto cumple cabalmente con su objetivo de informar, sensibilizar y formar respecto a temas emergentes y urgentes de la sociedad chilena y global.

Atentamente,

**Pamela Pequeño de la Torre**

Santiago, 23 de Diciembre de 2019



Prof. Pascale Bonnefoy M.  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "*Mi hijo trans*", de los estudiantes **Matías Lucero** y **Alejandro Cárcamo**, trabajo guiado por el profesor **José Miguel Labrín**, en la categoría Crónica Periodística:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	<b>Pertinencia y perspectiva</b>	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2	<b>Reporteo y técnicas periodísticas</b>	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3	<b>Estructura</b>	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4	<b>Narrativa y estilo</b>	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0

1.1		7,0
1.2		6,0
1.3		5,5
1.4		4,8
<b>Nota Final</b>		<b>5,8</b>

#### COMENTARIO

El trabajo de Matías Lucero y Alejandro Cárcamo se adentra en un tema que en años recientes ha sido materia de discusión legislativa, de conversación pública y de cobertura periodística. Y lo hace de tal modo que justifica sobradamente el abordaje escogido: dar a conocer, a través de testimonios, historias de familias que han vivido el tránsito de género de uno de sus miembros. Por esta vía, pueden los lectores conocer de primera mano los tropiezos, las frustraciones, los dolores y las alegrías de quienes se han visto enfrentados a situaciones que le resultan desconocidas a la mayor parte de la población.

En esta línea, la presente memoria asoma como un aporte a la comprensión de un fenómeno que ha despertado respuestas polarizadas en la sociedad, allí donde el periodismo puede y debe dar cuenta de su complejidad y de sus particularidades. El recorrido de sus autores por los entresijos





del tema, así las cosas, es digno de encomio y bien podría ser el punto de partida de nuevas crónicas o investigaciones periodísticas.

Establecido lo anterior, procedo a formular algunas observaciones:

**\*\* Medida tipográfica y numeración de páginas:** Aunque el haber accedido solo a la edición de papel me impide ser preciso en este punto, el tamaño de la tipografía parece ser menor que el indicado en la pauta para la presentación de memorias. Asimismo, las páginas no llevan numeración, lo que resulta ser una desprolijidad sensible.

**\*\* Ortografía puntual:** El uso o la ausencia, según el caso, de comas, dos puntos y puntos seguidos, da cuenta de un problema no menor en la redacción. No se trata solo de cumplir tal o cual norma por el hecho de cumplir, sino de dar sentido a lo que se transmite por escrito. Ejemplo de ello, en este trabajo, son el uso reiterado de la coma entre sujeto y verbo, así como su ausencia al cierre de las cuñas, antes de "dice" o "expresa".

**\*\* Uso de terminología disciplinar:** Tanto la crónica como los demás géneros periodísticos se dirigen, en principio, a un público amplio que no necesariamente conoce el significado de tal o cual jerga. Si bien esta memoria incluye un anexo con definiciones de ciertos conceptos, los problemas deben ser resueltos en el propio texto. ¿Sabrán todos los lectores no iniciados qué quiere decir "deconstrucción de lo binario" o "patologización"? Es posible que no, y de ser ese el caso, es importante explicarlo de inmediato.

**\*\* Lenguaje, subjetividad e inclusión:** Como profesor de redacción, como lector y como ciudadano, soy consciente de la actual batalla política y cultural en torno al lenguaje. Por ello, tomo nota de los esfuerzos de hablantes de la lengua española por clavar banderas de equidad e inclusión. Sin embargo, creo necesario recordar que género gramatical no es igual a género social ni a sexo natural, y que ciertas formas "neutras" son ajenas a la morfología del idioma, por lo cual se hace improbable su incorporación al uso cotidiano. Y es el uso cotidiano de todos los hablantes el que hace la norma, no al revés. Por eso, cuando se apunta que una persona es "coordinadore executive" de una organización, pues la propia persona se designa así, se puede estar marcando un punto, pero difícilmente tal expresión llegará a asentarse (ni a ser visada en redacciones periodísticas): la subjetividad que envuelve no basta para imponer su uso. Algo semejante ocurre con el propio título del trabajo, "Mi hijo trans": la lectura del texto deja ver que entrevistadas como Lisete hablan de "mi hijo" o de "mi hija", sin más. Esto último debe ser tenido especialmente en cuenta, incluso antes de entrar en temas como la concordancia de género gramatical, que agrega dificultades a lo ya expuesto.

Atentamente,

*Firma*



**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
Instituto de la Comunicación e Imagen

**Informe de Memoria**

---

**Pablo Marín Castro**

Santiago, 19 de diciembre de 2019



Prof. Pascale Bonnefoy M.  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título “*Mi Hije Trans*”, del/la estudiante **Alejandro Cárcamo y Matías Lucero** trabajo guiado por el/la profesor/a **José Miguel Labrín Elgueta**, en la categoría Crónica Periodística:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	<b>Pertinencia y perspectiva</b>	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2	<b>Reporteo y técnicas periodísticas</b>	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3	<b>Estructura</b>	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4	<b>Narrativa y estilo</b>	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	6,7	2,3
1.3	6,4	1,6
1.4	6,1	1,8
<b>Nota Final</b>		<b>6,5</b>

### COMENTARIO

Abordar desde la perspectiva de los padres y madres la infancia trans, representa un interesante y pertinente enfoque de un tema que ha marcado la agenda de reivindicaciones en el campo de los derechos humanos, durante esta última década. A pocos días de entrar en vigencia la Ley de Identidad de Género, esta memoria presenta el cambio cultural de una generación que se vio enfrentada en sus espacios más íntimos a tener que romper estereotipos y estigmas sobre la sexualidad, el cuerpo y formas de ser y pertenecer de quienes son hoy sus “hijos”.



El trabajo demuestra en profundidad ese proceso de aceptación familiar, con una escritura honesta, respetuosa y cercana. Valoro positivamente el acercamiento que tuvieron los estudiantes para lograr esa complicidad con quienes son sus fuentes y personajes de las historias que presenta esta crónica. Sin caer en sensiblerías, logran transmitir aquel tránsito familiar que acompaña la misma transición de sus hijos e hijas: vicisitudes, inseguridades y miedos iniciales, dan paso a la convicción y el orgullo, reforzando una pregunta por el sentido de la maternidad y paternidad contemporánea.

Quiero destacar también el correcto manejo de los antecedentes y el contexto legal de lo transgénero en Chile. Puedo apreciar un reporteo significativo – quizás no tan visible en una primera lectura del documento-, así como una constante actualización sobre el tema por parte de los autores.

No cabe duda que el texto presenta algunas debilidades. Hay problemas con la redacción y se requiere una edición más prolija; sin embargo, existe un punto de vista autoral y hay un interés de los estudiantes por asumir el desafío de la crónica desde un carácter documental. Son estos aspectos positivos por los cuales califico el documento con nota 6,5 (seis coma cinco)

Atentamente,

Firma

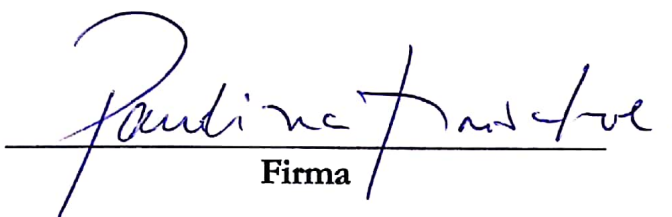
**José Miguel Labrín Elgueta**

Santiago, 12 de diciembre de 2019

## Consentimiento de uso de entrevista

Autorizo que los contenidos de la entrevista efectuada por *Alejandro Cárcamo Ortloff y Matías Lucero*, estudiante (s) de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, para los fines de su memoria de título, sean publicados en su trabajo final, que será de acceso público a través del repositorio digital de la Universidad.

Se exceptúa de este consentimiento los contenidos vertidos en condiciones de confidencialidad u *off the record*, según acuerdo explícito entre estudiante y entrevistado/a.

  
Firma

**Nombre:** Paulina Monsalve Suter

**Teléfono:** +56 9 94130724

**Correo electrónico:** [josiepaulinam@gmail.com](mailto:josiepaulinam@gmail.com)

**Fecha:** 27 de junio de 2019



UNIVERSIDAD DE CHILE

Dirección de Servicios de Información y Bibliotecas (SISIB)

## FORMULARIO DE AUTORIZACIÓN DE PUBLICACIÓN DE TESIS

### 1.- Identificación de la Tesis


Nombre del alumno/a : Matías Lucero Alarcón
Dirección Juan de Dios Malobran 2818
Teléfono 945683780 E-mail matiaslucero.a@gmail.com

Título de la tesis: MI HIJE TRANS
Facultad Instituto de la Comunicación e Imagen
Departamento Escuela de Periodismo
Carrera Periodismo
Título al que opta: Título de Periodista
Profesor guía: José Miguel Labrín Elgueta
Fecha de entrega 20.01.2020

### 2.- Autorización de publicación

A través de este documento, indico a la Dirección de Servicios de Información y Bibliotecas, mi decisión respecto a publicar en formato digital mi tesis en los sitios [www.repositorio.uchile.cl](http://www.repositorio.uchile.cl), [www.tesischilenas.cl](http://www.tesischilenas.cl) y [www.tesislatinoamericanas.info](http://www.tesislatinoamericanas.info).

Autorizo su publicación (marque con una X):	
<input checked="" type="checkbox"/>	Inmediata
<input type="checkbox"/>	A partir de la siguiente fecha: <u>enero 2020</u> (mes/año)
<input type="checkbox"/>	No autorizo su publicación (sólo resumen y metadatos)

  
Firma del alumno

### 3.- Forma de entrega de la tesis

Las tesis deben ser entregadas en CD-ROM o DVD (texto completo), o bien enviadas en formato digital si su Facultad tiene implementado un sistema de registro electrónico de tesis coordinado con el Repositorio Académico. Además, entregar este Formulario de Autorización debidamente completo y firmado a la Unidad Académica que recibirá su tesis.

## Consentimiento de uso de entrevista

Autorizo que los contenidos de la entrevista efectuada por *Alejandro Cárcamo Ortloff* y *Matías Lucero*, estudiante (s) de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, para los fines de su memoria de título, sean publicados en su trabajo final, que será de acceso público a través del repositorio digital de la Universidad.

Se exceptúa de este consentimiento los contenidos vertidos en condiciones de confidencialidad u *off the record*, según acuerdo explícito entre estudiante y entrevistado/a.



---

Firma

Nombre: *ARTAURO ESCOFFIER DEL SOLAR*

Teléfono: *56 9 7431 6476*

Correo electrónico: *ARTAURO.ESCOFFIER@OTDCHILE.ORG*

Fecha: *4 DE JULIO DE 2019*